

NORAH  
CARTER

1

MONIKA  
HOFF

PATRICK  
NORTON

NO  
*me aimes*



MPN  
BOOKS

# No me ames

Norah Carter — Patrick  
Norton — Monika Hoff

Título: No me ames

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton —  
Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Noviembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

# Capítulo 1

Era sábado, 16 de abril. Estaba aún en la cama a sabiendas de que ese día iba a ser muy especial para mí, ya que era mi cumpleaños. ¡Treinta tacos, Madre del Amor Hermoso! ¿Quién lo iba a decir? Todavía recuerdo cuando cumplí mis dieciocho. El acné, las hombreras y la música de Miguel Bosé marcaron aquella fiesta en casa.

Miré el móvil y vi varios mensajes de mis amigas en los que me decían que me preparase para vivir el cumpleaños más intenso de toda mi vida. Estaba claro que lo tenían todo planeado y querían que este día fuese inolvidable para mí. ¡Y tanto que lo iba a ser! Venían amenazándome durante muchos meses de que este no sería como los anteriores, ya que los treinta era una edad para celebrar de diferente manera. Por primera vez me sentía protagonista de una historia de la que no sabía nada. Ni su argumento. Ni su desenlace. Hacía varios días que no paraban de llamarme “treintañera”.

Me dirigí hacia la cocina para prepararme un buen desayuno. Era uno de los mejores momentos del día, un ritual que yo aprovechaba para pararme a pensar en mis cosas. Aún no había puesto en marcha la Nespresso cuando sonó el teléfono. Era mi madre.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño mío,  
¡felicidades!

—Gracias. Hace treinta años que estabas pariendo — dije bromeando.

—¿Sobre qué hora llegarás a comer, Erika? Papá lleva horas cocinando. Está muy ilusionado. Quiere poner una mesa bonita por tu cumpleaños. Le he dicho que sacaré la cubertería de plata. Te lo mereces todo, hija.

—¡Genial! No sé qué le pasa a la gente, mamá. Todo el mundo se está volcando en esta celebración. En cuanto termine de desayunar me ducharé y me acercaré a casa. No creo que llegue más tarde de la una.



—Me parece perfecto, bonita. Ahora nos vemos. Tengo que contarte algunas cosas de tu tía Enriqueta que te van a dejar boquiabierta.

—Hasta ahora, preciosa. Te quiero.

—Yo también, hija. Ponte guapa. Estrena algún vestido. Un beso.

Terminé de echarme el café. El volutto es mi sabor preferido. Era su aroma áspero el que tanto me agradaba. Las tostadas humeaban sobre el plato. Y, como solía hacer cada mañana, saqué de la nevera una fiambarrera para prepararme unas lonchas de jamón york sobre el pan con aceite. Tras el primer sorbo de café, sentí añoranza. Hablar con mi madre siempre logra que me vuelva más tierna, más frágil.

A mi familia le había costado mucho asimilar que me había independizado. Era su única hija y, aunque ya hacía un año que vivía sola, a mis padres todavía les costaba digerirlo. Pero yo necesitaba demostrarme a mí misma que era capaz de tener una vida. Ya no era una niña. Ya

no era aquella niña loca que, a los dieciocho, estaba enamorada de Miguel Bosé y que apenas hablaba con los chicos por culpa del acné y una horrible prótesis dental que recordaba a un perro de presa con bozal. Ahora yo no tenía nada que ver con aquella adolescente. Tenía trabajo, un buen trabajo, y, aunque no era un cañón de tía, no era la primera ni la segunda vez que algún chico, a lo largo de estas últimas semanas, me había dicho que estaba bien buena.

Los mensajes no dejaban de llegar a mi móvil. No me daba tiempo a contestar a todos. Cuando abrí el Facebook, comprobé que tenía más de cien mensajes en mi muro. Me sentía muy querida. Pero aún así no era suficiente.

No había tenido suerte en el amor, como se suele decir en las novelas románticas de Corín Tellado o en esas telenovelas que emiten durante la hora de la siesta. Pero no se puede decir de otra forma. No había tenido suerte sencillamente y, por un lado, me sentía afortunada por todas esas muestras de cariño, pero, por otro lado, me daba cuenta de que la soledad tampoco es una de las mejores aliadas para una chica como yo, que creía en el matrimonio y en ser una madre joven. Tres o cuatro hijos quería tener como mínimo. Cuántas veces lo pensé, tumbada en la cama. Y no era la única. Muchas de mis amigas tenían esa misma idea de la felicidad. Pero la vida, mi vida, había ido por otros derroteros.

Contesté rápidamente a mis dos amigas del alma con las que saldría esa noche. Carmen y Lucía estaban muy contentas con la celebración que tenían preparada, pero a mí no me decían ni mu. A las nueve pasarían a recogerme. Estaba excitada. No dejaba de mordirme las uñas y, una vez que estuve vestida, me di cuenta de que se me había olvidado ponerme ropa interior. ¡La madre que me parió! ¡No me había puesto las braguitas que celosamente había guardado para una ocasión como esta!

Me encantaba vivir en mi pequeño piso que me había comprado hacía solo un año. Debo decir que mis padres, reacios a que me marchara de casa en un primer momento, me ayudaron finalmente en el

pago de la entrada. Me quedó una cuota bastante cómoda para poder afrontar sola. No podía quejarme de la nómina que tenía. Muchas de mis antiguas compañeras de universidad lo estaban pasando realmente fatal con la crisis y yo verdaderamente había tenido mucha suerte en ese aspecto. Me considero una persona rigurosa y cuadriculada. Por esa razón, he intentado siempre que las deudas no me asfixien. Abarcar más de lo que podía, como había hecho tanta gente a la que conocía, no era mi forma de pensar, por muy bien que me fueran las cosas.

Me gustaba viajar y sobre todo salir con Carmen y Lucía, a las que consideraba como mis hermanas. No todo el mundo puede decir lo mismo. Pero así es: mis amigas eran como esas hermanas que nunca tuve y que añoraba desde que era niña, cuando me veía obligada a jugar sola en muchas ocasiones. Luego, al crecer, eché de menos tener una persona a mi lado a la que confesar mis más preciados secretos: el primer cigarro, un primer beso, ese enamoramiento fatal de algún repetidor en mi etapa del instituto. Quizá, por ese motivo, por la ausencia de un hermano o una hermana, mis amigas no eran mis amigas, sino que las estimaba como si fuesen algo más que unas meras compañeras de viaje.

Al igual que yo, Carmen trabajaba también en un banco, en otra entidad diferente a la mía. Sin embargo, Lucía era profesora de inglés en un colegio cercano a la calle en la que se encontraba mi sucursal. Todas estábamos independizadas y nos sentíamos orgullosas de haberlo logrado. Cuando caminábamos por las calles juntas, teníamos la sensación de ser las protagonistas de la serie “Sexo en Nueva York”.

Mis padres querían mucho a Carmen y a Lucía. Como era de esperar, decían que eran las hermanas que yo nunca había tenido. Y saltaba a la vista que las tres congeniábamos de una manera brutal. Además nunca habíamos tenido ningún



problema entre nosotras. Nos apoyábamos absolutamente en todo. Habíamos estudiado juntas desde pequeñas hasta que entramos en la universidad donde yo continué al lado de Carmen y Lucía se matriculó en otra Facultad diferente, pues quería estudiar Filología Inglesa. Lucía era una apasionada de los idiomas y, cuando decidíamos nuestras vacaciones en algún país europeo, ella se encargaba del traslado, alojamiento y visitas. Su facilidad para los idiomas era una ventaja para Carmen y para mí. Cualquier salida al extranjero era cosa hecha gracias a Lucía.

Carmen tuvo una relación de tres años que terminó como el rosario de la

aurora, ya que aquel tipo del que se había enamorado era muy posesivo e incluso la intentó apartar de nosotras. ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Menudo gilipollas estaba hecho aquel maromo! Que malmetiera en nuestra amistad de tantos años fue la gota que colmó el vaso. No le convenía nada a Carmen salir con un hombre así. Era un caso de lo que podemos llamar “una relación tóxica”. La tenía completamente absorbida y el tipo era además un machista de cuidado. Con lo buena gente que es Carmen, con lo guapa e inteligente que es, no se merecía alguien así a su lado. Además, el tío no era precisamente Brad Pitt, sino un tipo con una cara corriente, bajito y pelo

engominado. Carmen debía aspirar a otra cosa, a otro hombre que de verdad valorara lo que para mí al menos significa ella como amiga y como mujer.

Yo había tenido varias relaciones con algunos hombres, pero no habían durado demasiado ya que nunca llevé bien que me tuviesen controlada. La relación que más me duró fue con Richard, un compañero de trabajo. Al final lo dejamos porque intuí que aquel hombre, mayor que yo, llevaba una doble vida. Sus celos me ponían enferma y sentí por primera vez que alguien me estaba privando de la libertad que había conseguido con el sudor de mi frente. Una vez lo escuché hablar por teléfono con otra chica y el tono de su voz se

volvió acaramelado. No me gustó aquella conversación que se repitió varias veces delante de mí. Al principio, pensé que Richard era mi príncipe azul: era un tío aparentemente serio, delicado en las formas, apuesto y con unos ojos hipnóticos. Pero empecé a llevar muy mal que me preguntara constantemente dónde había ido, qué iba a hacer por la tarde, con quién había quedado.

Revisaba mi móvil y mi Facebook constantemente. A lo largo de los últimos meses, empezó a montarme unos pollos en la calle que a mí no me gustaron nada, así que corté por lo sano. ¡Que te aguante tu madre!, fueron mis últimas palabras.

Mi amiga Lucía tampoco tuvo nunca una

relación sería. Todas eran esporádicas, ya que se dedicó a estudiar y a disfrutar de su juventud. Pero, eso sí. Chico que se proponía, chico que conseguía.

Además de ser preciosa, Lucía tenía algo que dejaba perplejo a todos los hombres y era su carácter extrovertido, su simpatía. Caía bien a todo el mundo ya que su sonrisa era muy peculiar. En Lucía se daba todo lo que un hombre y una mujer pueden desear. Además de ser una tía inteligente, que dominaba cinco idiomas, estaba cañón. Era un pibonazo. Tenía unas piernas que la hacían destacar sobre el resto y ese culo respingón la convertirían en una diosa. Estaba obsesionada con su pelo, un pelo maravilloso. Largo, vivo, enérgico,

lleno de luz. Como ella. Una Angelina Jolie en rubia que cualquier productora de cine se rifaría para una serie o para una película.

Pero su vocación por la docencia y las lenguas habían hecho de ella una persona humilde, sincera, comprometida con su trabajo. Quizá era lo que más admiraba de ella. Lucía podía tenerlo todo. Podía haberse casado con aquel hombre con el que todas soñábamos, pero prefirió llevar una vida corriente, como llevan tantos profesores en este país, luchando en el aula, resolviendo conflictos entre sus alumnos y enseñando inglés. Su prestigio era más que reconocido y sus alumnos la querían a rabiar. Yo he visto cómo algunos padres y madres nos paraban por la calle para besarla y para abrazarla. Así eran ellas. Así eran mis amigas. Así eran mis hermanas.

Después de terminar con el desayuno, me dirigí a la ducha. Quería que no se me hiciera tarde para llegar a casa de mis padres a comer, puesto que antes tenía que hacer unas compras. Ese día era imposible fallar. Celebraban cada año de mi vida con todo el cariño del mundo. Mis padres eran unas personas que siempre se volcaban mucho en esta clase de acontecimientos y se pasaban meses antes, pensando en escoger minuciosamente mis regalos. Estaba más que agradecida por tener los mejores padres del mundo, a los que adoraba y, sobre todo, porque siempre estaban ahí sin pedir nada a cambio. Cuando una es una adolescente rebelde, pues yo tuve también mis momentos de rebelión en



casa, no se da cuenta del amor y la generosidad de los padres. Ahora que habían pasado tantos años, me percataba de su capacidad para entregarse en cuerpo y alma a una hija que había aprendido de ellos la importancia del esfuerzo, la calidad humana que supone el respeto y la importancia del amor en cualquier clase de relación, ya sea de pareja, o de amistad simplemente.

Mi padre era un oficial militar, pero se hizo reservista con sesenta años, un año antes de que yo me independizara.

Siempre fui su ojo derecho, aunque era evidente que solo tenía una hija y no podía elegir. Tengo que confesar aquí que teníamos una complicidad abismal y, pese a ser un hombre curtido en el

Ejército, nunca se mostró severo conmigo. Al contrario, era un hombre paciente, afectuoso y comprensivo. Muchos de mis amigos y amigas no podían decir lo mismo de su padre. Con mi madre me pasaba igual. Siempre se dedicó a las labores del hogar y a criarme. Yo era la razón de su vida. Lo sé. Su vida era yo y, si alguna vez, me castigaba porque había faltado al respeto a algún profesor o había llegado tarde un sábado por la noche, se mostraba inflexible. Sabía que era lo mejor para mí. Y sé que a ella le dolían más aquellos castigos que a mí. Mi madre se esforzaba mucho por ayudarme en todo. Aceptaba todas mis decisiones, porque siempre me consideró una

persona más madura que el resto de hijos de algunos de sus amigos. Me aconsejaba siempre en cada una de esas decisiones y yo le hacía caso porque sabías que todo lo que decía estaba basado en su experiencia y en una sabiduría vital que había heredado de su madre, mi abuela.

De todas formas, si miro atrás, me doy cuenta de que nunca fui una hija problemática, ya que siempre traté a mis padres con mucho respeto y amor. Nunca me dieron ni una sola bofetada y tampoco recuerdo un gran castigo. Estaban verdaderamente muy orgullosos de mí.

Salí de mi casa y me costó arrancar el coche. Desde hacía unos meses me estaba dando problemas y el mecánico me había aconsejado que más temprano que tarde tendría que comprarme uno nuevo, puesto que el que conducía ahora, en cualquier momento me iba a dejar tirada en la carretera. Ese Seat Ibiza era muy antiguo. Me lo regaló mi padre poco después de cumplir los dieciocho. Me había acabado de sacar el carnet de conducir y ya por entonces el coche tenía tres años. Demasiado había durado el pobre y eso que intentaba mantenerlo lo mejor posible.

Tomé la carretera que va desde Tarrasa a Granollers, donde mis padres tenían una preciosa casa a las afueras. Después de parar en la librería y en el cajero, seguí mi camino, un camino que podía hacer con los ojos cerrados. No era rara la semana que visitaba a mis padres dos o tres veces. Sentía que debía hacerlo, que estaba en deuda con ellos por todo lo que habían hecho por mí todos estos años. Durante el trayecto, pensé en Carmen y en Lucía. Bueno, no en ellas exactamente, sino en todo lo que me habían preparado para celebrar mis treinta. Porque estas dos a la hora de montarlas, no se volvían locas, sino loquísimas.

Dejé el coche afuera. El sol estaba en lo alto. Hacía un día precioso. Una suave brisa mecía las ramas de unos árboles frondosos al otro lado de la carretera. Llamé al timbre y salió mi padre a recibirme con un gran abrazo mientras me comía a besos y repetía mil veces que “felicidades”. A continuación, llegó mi madre con una copa de rioja en las manos para brindar por mi día. Habían preparado una pequeña mesa en el porche llena de una gran variedad de embutidos que provenían de Extremadura.

Mi madre, además, sacó una pequeña cajita envuelta en papel de regalo y me la entregó con una gran sonrisa en los labios.

—¿Qué será? — dije mientras intentaba abrirla.

—Solo espero que te guste, este es mi regalo. Papá ahora te dará el que él escogió para su niña.

—No teníais que haberos molestado.

—Hija mía, nuestra vida es entera para ti. Todo nos parece poco.

—Lo sé. Para mí también sois lo más importante.

Por fin conseguí quitar el envoltorio. Abrí la caja emocionada. Estaba feliz por estar en estos momentos con las dos personas más importantes de mi vida y con las que logré ser lo que era.

—¡Oh! ¡Es preciosa! — dije mientras sostenía en mis manos aquella pulsera reluciente de Pandora.



Mi madre la cogió inmediatamente para colocarla en mi muñeca. Me encantaba verme con aquella pulsera tan bonita. Mi madre era siempre tan atenta. Le dije hacía tiempo que estaba pensando en comprarme una. Pero me daba mucha pena gastarme tanto dinero y nunca terminaba por decidirme.

—Acompáñame, Erika — dijo mi padre, sonriendo como un niño.

—Vamos, cariño, te espera una gran sorpresa — dijo mi madre.

Fuimos hacia el garaje y, al entrar, por poco me da un soponcio.

—¡No! ¿Cómo os habéis metido en esto? — dije mientras miraba incrédula el flamante coche nuevo. Era un Fiat 500, mi coche favorito. Tenía una gran moña en el techo. Las lágrimas no dejaban de brotarme. Y no era para menos.

—Te lo mereces, cariño. Ya sabes que he cogido la herencia de la abuela que, aunque no sea gran cosa, queríamos compartir contigo. Además, tu coche ya pedía a gritos un cambio.

—Os quiero mucho, pero es demasiado. Ya me lo pareció cuando decidisteis regalarme el salón, la cocina y mi dormitorio. ¡Hacéis demasiado por mí!

—Todo es poco. Esperamos que lo disfrutes — dijo mi padre mientras me abrazaba y me besaba en la cabeza.

Volvimos al porche. Ya tenía la llave conmigo. Emocionada, la metí en mi bolso y le entregué a mi padre la llave del coche antiguo, pues el lunes lo llevaría a un compraventa que estaba interesado en piezas y motores de coches viejos.

Pasé la tarde con ellos. Era tan agradable estar allí, en aquella casa, en aquel porche, sentada en la mecedora, escuchando la voz de mi madre, escuchando, por ejemplo, que mi tía Enriqueta había dejado a mi tío para irse con un vecino o que papá había pensando en reformar la cocina para que entrara más luz. Son esas costumbres sencillas las que verdaderamente nos hacen felices. Después de todo este tiempo, descubro que es así, que a veces nos complicamos demasiado la vida, cuando todo podría ser mucho más sencillo. A las seis de la tarde, me despedí con tristeza de mis padres, pero no quería que se me hiciera tarde, pues había quedado con Lucía y Carmen esa

noche. El trayecto de vuelta lo hice muy feliz pues estaba conduciendo aquel coche tan deseado y que ahora era mío. En el fondo no me sorprendió que mis padres me hubiesen hecho este regalo. Sé que eran capaces de esto y de mucho más. Escribo que el trayecto de vuelta lo hice muy feliz, pero también lo hice muy nerviosa, ya que Carmen y Lucía llevaban semanas advirtiéndome de la velada que me iban a preparar y estas dos eran capaces de cualquier cosa. Como si no las conociera.

Llegué a mi casa y me tiré en el sofá una hora. Intentaba relajarme, pero no podía. Estaba deseando vivir aquella noche. Recuerdo noches memorables con las dos en París y Ámsterdam, noches en las que aparecíamos en camas de habitaciones de hotel que no eran las nuestras, sin saber siquiera cómo demonios habíamos llegado a parar allí.

Al cabo de una hora, me levanté, me puse a Miguel Bosé y me desnudé delante del espejo de mi cuarto. Y puedo decir con orgullo que, a mis treinta años, estaba más apetecible que cuando tenía dieciocho. Me vestí con un precioso traje de hilo en color negro que tenía el cuello de barco y me llegaba hasta las rodillas. Lo había elegido Lucía para mí

una tarde que salimos de compras. Me solté mi larga melena castaña. Me pinté los labios con un rojo muy intenso, y un rato después ya estaban las niñas llamando a mi puerta. Habían sido más que puntuales y, antes de abrir la puerta, me aseguré de que me había puesto la ropa interior que había colocado delicadamente sobre la cama antes de maquillarme.

Negar que la ansiedad me comía por dentro sería mentir. Me temblaban las piernas y ya me estaba imaginando cómo se habrían vestido para esta ocasión tan especial mis dos amigas, especialmente Lucía, que cada día me recordaba más a la Jolie, tan elegante, tan femenina. Tan radiante.

—¡Qué guapísima estás! — gritó Carmen.

—¡ Impresionante! — continuó diciendo Lucía.

—Sois unas exageradas, anda pasad.

—Qué fuerte lo del coche. Me he quedado muerta. Yo quiero unos padres como los tuyos — dijo Carmen.



—Tampoco te puedes quejar de los tuyos. Lo único es que sois más hermanos y es muy difícil poder contentar a todos de igual manera. Si os comprase un coche a cada uno, los pobres terminarían arruinados.

—Tienes razón, demasiado,... los pobres ¡Pero me muero de la envidia!

—Toma, Erika. Este regalo es el nuestro.

—¡Gracias, guapas! A ver con qué me sorprendéis este año — dije mientras abría la caja tan bonita que contenía dicho regalo.

—¡ Muero de amor! ¡Estáis locas! —  
dije mientras sostenía el precioso  
vestido y el bolso que me habían  
regalado de la marca Desigual.

—Sabíamos que íbamos a acertar —  
dijo Lucía.

—Habéis dado en la diana. Me  
encanta. Porque para trabajar es ideal.  
El lunes mismo lo estreno. Además  
hay cambio de director. Aires nuevos  
en la oficina.

Salimos de mi casa en el taxi que habíamos pedido y nos fuimos para el Parc Vallès de Terrassa. Primero iríamos a cenar a un precioso restaurante que había allí y luego de copas por los locales del mismo lugar. En la cena nos hartamos a beber Rioja, además de degustar una jugosa carne. Antes habíamos pedido unos deliciosos entrantes. Nos estábamos poniendo moradas. Menos mal que el gimnasio ayudaba a mantener estos tipazos. Pero es cierto que no hay nada como comer y beber alrededor de una mesa con aquellas personas que te importan.

Subimos para un conocido pub irlandés por una calle estrecha donde algunas parejas se estaban dando el lote bajo algunas farolas que salpicaban la acera. Me daban envidia y me temo que no era la única. A Carmen se le iban los ojos detrás de aquellos besos apasionados. Algunos chavales nos silbaban al pasar y nos soltaban algún que otro piropo a los que a veces respondía Lucía mal encarada. Qué sexy se ponía cuando se enfadaba.

Queríamos empezar la fiesta allí, empezarla tranquilamente, al menos durante las primeras copas. Pedimos tres gin—tonics en la barra de ese pub del que habían oído hablar las chicas muchas veces. Verdaderamente el sitio era agradable. Forrado de madera oscura, recordaba a esas antiguas tabernas de los puertos donde los marineros se agolpaban horas antes de embarcar.

Había espacio suficiente para bailar y, pese a la música, podías hablar sin tener que estar levantando la voz continuamente. Sonaba una canción de Los Beatles en aquel instante en que las tres nos miramos con sinceridad, como si nos hubiese embargado un sentimiento de alegría y nostalgia al mismo tiempo. Juntamos los vasos y con la música de “Help”, Carmen se decidió a hablar. Llevaba el pelo suelto y se había puesto unas pestañas postizas que le quedaban increíbles. Nunca la había visto tan atractiva antes. Algunos chicos nos estaban mirando, pero nosotras por ahora estábamos en lo que estábamos.

—Chicas, ya tenemos las tres, treinta años. Brindemos por ello — dijo Carmen mientras levantaba la copa.

—¡Treintañeras! Estamos en nuestro mejor momento de la vida, en el mejor momento, sin duda — respondió Lucía.

Brindamos muertas de risa a la vez que Sebas, que así se llamaba el barman, nos preparaba tres chupitos y me felicitaba por mi cumpleaños. Recuerdo su nombre porque aquel yogurín tenía una preciosa sonrisa. Lo conocía desde hacía tiempo. Lo había visto en otros locales de la zona trabajando de camarero.

Lo miramos como para matarlo ya que sabíamos que esos chupitos serían el comienzo de una borrachera. Siempre intentábamos eludir las borracheras en nuestras salidas, pero no siempre lo conseguíamos. Con los gin—tonics ya me parecía suficiente, pues solíamos terminar muy mal si empezábamos a tomar chupitos. Pero, en este caso, había que hacer una excepción ya que era mi cumpleaños y Sebas nos estaban invitando. No podíamos hacerle ese feo, así que las tres nos los tomamos de un solo trago.

—Sebas, ¡ni uno más! — dije aguantando la risa.



—¡Qué más da si hoy es tu cumpleaños! Me lo ha dicho Lucía cuando ha pedido los gin—tonics. Disfruta — respondió con un precioso guiño de ojos.

—Bueno, creo que disfrutaré más si no la cojo tan gorda. Recuerdo la última vez que nos hartamos de chupitos y, al día siguiente, queríamos morirnos. Para colmo, nos acordábamos bien poco de lo que había sucedido la noche anterior. Así que no nos pongas a prueba que cualquier día no somos capaces de llegar a casa. Si te contara lo que nos pasó en París y en Ámsterdam — le dije a modo riña, pero de broma.

—Vale. Os haré caso. Este es el último que os sirvo — dijo mientras volvía a poner tres chupitos más ante nuestra mirada asesina.

—Niño, como la cojamos mortal, nos vas a tener que llevar tú a nuestra casa — dijo Carmen mientras cogía rápidamente el chupito.

—Yo os llevo. Ese no es problema. Sois tres diosas.

—Eres un galán, Sebas. Dices eso porque no nos conoces. Porque, si nos conocieras de verdad, se te iban a quitar las ganas — dijo Lucía.

—Si en el fondo sois unos soles — dijo mientras nos guiñaba el ojo.

—Sí, sí,... pero muy en el fondo — respondí con otro ataque de risa.

Cuando nos fuimos de allí ya demasiado contentas, entramos a otro local mucho más grande y ambientado llamado “Mojito”. Me encantaba la decoración de este sitio: viejos carteles de Coca—Cola colgaban de las paredes pintadas con numerosos graffitis. Conforme nos íbamos acercando, la música invitaba a entrar bailando. Sonaba una canción de Alaska, “Fiesta en el infierno”. Nos encantaba Alaska y esa canción. Los efectos de los chupitos, el rioja y la ginebra estaban haciendo ya de las suyas en nuestros cuerpos. Llegamos a duras penas a la barra. Me hice hueco como pude y pedí otros tres gin—tonics. Lucía y Carmen estaban en el centro de la pista, bailando frenéticas.

—¿ Todo eso te vas a beber? — dijo una voz masculina acercándose a mi oído.

Me giré para ver quién me había preguntado eso y por poco me da un infarto. Era un tipo de unos cuarenta años, con una preciosa cara y unos dientes brillantes como jamás los había visto. Sus ojos eran castaños al igual que el pelo. Aunque de complexión delgada, parecía un hombre fuerte. Y yo, con la cogorza que tenía, ya me veía con él dándome un revolcón. Acababa de ver al hombre más seductor de este planeta. Me volvían a temblar las piernas como cuando las chicas pasaron a por mí.

—No. Los gin—tonics son para mis amigas también — dije casi tartamuda.

—Vaya, te pensaba invitar...

—Sin problemas, ya puedes pagar las tres copas, que está el camarero esperando a que se las abonen — dije muerta de risa.

—Por supuesto, faltaría más — dijo mientras sacaba un billete de cincuenta y se lo entregaba al camarero.

—Gracias — respondí con voz seductora, mientras cogía las copas para llevarlas donde estaban las chicas, dando botes, como si se hubiesen escapado de un manicomio.

—Por cierto. Me llamo Jordi — añadió con voz seductora también.

—Un placer. Yo soy Erika — dije mientras me acercaba para darle dos besos.



Qué bien olía, por favor. Siempre me he dejado llevar por los aromas. Un aroma, un perfume, un olor, por ejemplo, dicen mucho de una persona, tanto o más que su sonrisa, o su ropa. Y Jordi olía de una forma sutil, dulce, nada áspera. No olía ni a humo ni a sudor. Y aquella impresión quedó en mí como un imborrable recuerdo.

Me giré y vi que mis amigas se habían alejado de la pista. La canción de Alaska había terminado. Me fui al rincón donde estaban ahora. Se morían de risa porque me habían estado observando todo el tiempo, pese a estar saltando como cabras en mitad de aquella pista llena de gente. Se habían dado cuenta de que me había pagado las copas incluso.

Me coloqué de forma que podía mirar hacia la barra, donde estaba Jordi.

—Niña, es el hombre más guapo con el que jamás me he cruzado.

—Joder, no hace falta que lo digas. Está bueno el tío y mira qué pelo — dijo Lucía.

—Erika, no para de mirar para acá. Creo que le has impactado — dijo Carmen, nerviosa como una quinceañera que le cuenta un secreto a las amigas.

—Me muero de la vergüenza. Ya he visto que no deja de mirarme. Le está diciendo algo al amigo. Mira, mira. Qué sonrisa. Para comérselo — dije babeando.

—Vienen hacia aquí. No me lo puedo creer — dijo Lucía con aire infantil.

—Hola, Erika. Me preguntaba si os apetecía veniros al pub de al lado, que es más tranquilo, y os invitamos a unas copas — dijo inesperadamente Jordi.

—Pues claro que no nos importa — respondió directamente Carmen ante las risas de ellos — Mi amiga, además, no quiere perderte de vista. Ya sabes.

Yo estaba avergonzada, pero me apetecía tanto conocerlo. El olor de su piel seguía prendido en mí, en mi memoria. Su piel, ese cuerpo, esa sonrisa. Parecía tan educado y tan amable. No es fácil salir una noche y que algo así te suceda. Suele pasar que, al final de la noche, acabas tirada en cualquier sitio, tomando café para despejarte y hablando con tus amigas de todos los fracasos amorosos de los que has sido víctima mientras amanece.

Nos presentamos todos de una manera informal y terminamos la copa a una velocidad que jamás yo había recordado. Salimos con Jordi y Alex y nos fuimos de nuevo al pub irlandés dónde Sebas nos recibió con una gran sonrisa. La música de los Beattles había dado paso a Los Rolling y de nuevo sentí ese temblor de piernas que me indica que soy una presa fácil, que estoy desprotegida. No podía creer nada de lo que estaba pasando. ¿Había sido un flechazo? Nunca me había sentido así, tan vulnerable, delante de un chico.

Nos sentamos en la barra, tan tranquilos, y pedimos cinco gin—tonics. La Schweppes se estaba forrando esa noche con nosotros. Mis amigas ya le habían dicho a los dos que era mi cumpleaños y enseguida me felicitaron.

Los dos vivían en Barcelona y nunca habían salido por el Parc Vallès. Ese día habían ido allí para cenar en el mismo restaurante en el que lo habíamos hecho nosotras, ya que se había convertido en un restaurante popular en poco tiempo por la excelencia de sus platos. De paso aprovecharon para tomar algo por aquí.

Alex era más charlatán. Casi nos cuenta su vida en un minuto. Tenía treinta y ocho años. Sus relaciones sentimentales habían sido un fracaso. Vivía solo desde los veinticinco. Trabajaba en un laboratorio para una de las mayores farmacéuticas de Europa. Era uno de los responsables de la plantilla. El tipo se veía un coquito. No era tan atractivo como Jordi, pero era muy simpático y mucho más guapo que algunas de las parejas que habían tenido Lucía o Carmen.



De la vida de Jordi no supe casi nada esa noche. Estaba atrapada en el recuerdo de su olor, en el brillo de aquellos ojos. No dejábamos de mirarnos. A veces contaba alguna anécdota y yo respondía con monosílabos, sonriendo boba, como una adolescente enamoradiza. Parecía tan estúpida. Alex y Carmen llevaban toda la conversación. Los demás la seguíamos y es cierto que los dos habían conectado muy bien, como si se conociesen de toda la vida. Nos hartamos de reír con ellos cuando empezaron a contar chistes. Carmen era una especialista en amenizar cualquier fiesta.

Al mirarme, Jordi hacía que me

sonrojara. Me estaba entrando una tensión increíble. Me daban ganas de sacarlo del local y comérmelo. Pero, vamos, todo era una mera ilusión. No iba a hacer nada de eso, aunque ganas no me faltaban. No me reconocía en esa clase de pensamientos. Porque Jordi estaba excitándome, y mucho, según pasaban los minutos, y me costó mucho retener ese deseo, un deseo indescriptible que jamás había experimentado con otras de mis relaciones. Yo era demasiado cortada para hacer lo que tanto me apetecía en ese instante, en esa noche en la que Jordi me estaba tentando para llevar a cabo algunas de mis fantasías sexuales, fantasías inconfensables, aquellas que

siempre había llamado a mis amigas.

A las seis de la mañana cogimos un taxi y nos despedimos, no sin antes darnos todos los teléfonos y prometiéndonos volver a quedar para cenar próximamente.

El taxi me dejó en mi casa primero y me despedí de las chicas, quedando en hablar al día siguiente. Que Jordi apareciera aquella noche fue la mejor sorpresa que me pudieron preparar mis amigas. Al final hicimos lo mismo que hacíamos cada vez que salíamos de fiesta. Carmen y Lucía sabían que yo detestaba cualquier cosa que se pareciera a esos antros donde bailan esos “boys” con tangas oscuros, trufados de billetes que le colocan esas cincuentonas aburridas de sus vidas monótonas.

Pero lo mejor sucedió sin que ninguna de nosotras lo buscáramos. Apareció Jordi y, en el día de mi cumpleaños, en esa noche en que las parejas se besaban con ansia cuando subíamos la calle hacia el pub irlandés, en esa noche en el que Sebas nos invitaba a chupitos y que, en el “Mojito”, me esperaba seguramente, sin que él tampoco lo supiera, ese príncipe azul con el que tantas veces había fantaseado como una tonta.

Me acosté pensando todo el tiempo en Jordi, incluso miré varias veces el móvil por si me mandaba un WhatsApp. Era evidente que yo estaba deseando que pasase eso, pero no iba a ocurrir por desgracia. Me di cuenta de que estaba haciéndome demasiadas ilusiones, así que intenté dormirme, aunque no podía quitarme aquel aroma de mi cabeza.

# Capítulo 2

Desperté el domingo con una resaca monumental, pero también con esa sensación indescriptible que me aportaba el recuerdo de un aroma, el de Jordi, el de aquel hombre, que, sin saber por qué, me había dejado en una clase de extraña y seductora emoción. O quizá sí que lo sabía. ¿Me estaba enamorando? Prefería pensar que no.

Todavía no sé cómo pude dejarme arrastrar de esa manera. Seguramente fui una ingenua o fui sencillamente una mujer que había conocido algo parecido al amor, aunque suene a canción de Dyango. Me duché. El agua caliente me sacó de ese estado de somnolencia que, tras una noche de juerga, invade todo el cuerpo. Necesitaba mi café Volutto, así que fui directa a la cocina. Eran las doce de la mañana y una luz clara y limpia entraba a raudales por la ventana.



No existían las sombras a mi alrededor. Estaba feliz, pero con ese desasosiego que produce el deseo de seguir conociendo a una persona a la que probablemente no volvería a ver jamás. Por esa razón, a esa felicidad se unía cierta tristeza. Pero no podía caer en la trampa de mi propia imaginación.

Estaba harta de vivir en ese mundo de ilusiones que luego se desvanecían de repente. Mi cuerpo estaba saliendo de su letargo. La ducha había sido mano de santo y ahora, con el primer sorbo de café, volví a acordarme de Jordi. Ojalá lo volviera a ver, pensé por un momento. Estaba cayendo de nuevo en la trampa de esas estúpidas ilusiones que no conducen a nada.

Al otro lado de la calle, se escuchaban algunas voces de madres y niños. Las hojas de algunos árboles brillaban con ese resplandor que el sol irradiaba desde un cielo completamente despejado. Necesitaba hablar con mis amigas y contarles lo que había experimentado esa noche al estar cerca de Jordi. Dejé la taza de café sobre el mármol. Las voces se apagaron afuera. El aroma del café, áspero y dulce al mismo tiempo, había inundado la cocina. Estaba embargada en mi propia soledad, una soledad que yo quería para mí, exclusivamente para mí.

Por primera vez, estaba disfrutando de la emoción de un recuerdo. Tuve una corazonada. Antes de llamar a Carmen y a Lucía, miré el móvil para ver si tenía alguna notificación en la red social o en los mensajes. ¡Premio! Un WhatsApp de Jordi. Me apresuré a abrirlo para leer el contenido.

*“Buenos días, preciosa, me he levantado pensando en ti.”*

No me podía creer lo que estaba leyendo. Mi corazón empezó a palpar de forma continua. Volví a darle un buen trago al café antes de decidirme a contestar. Estaba por ponerme un margarita para hacer frente a esta situación. De nuevo, me temblaban las piernas.

*“Buenos días, Jordi, me alegra saber que estás bien. Yo también he pensado en ti desde anoche. No me esperaba este mensaje.”*

No podía borrar la sonrisa de mi cara. Estaba pendiente de ver si me respondía. Me apetecía mucho entablar una conversación con él. Unos minutos después ya tenía su respuesta.

*“Me preguntaba si te apetecería cenar esta noche en un buen restaurante que conozco. Podría pasar a buscarte sobre las ocho de la tarde. Me encantaría que dijeras que sí.”*

Llamé enseguida a Carmen y le conté lo que me estaba pasando. Hice una captura de pantalla de nuestra conversación y me dijo que no se me ocurriera negar esa proposición. Debía aceptar ahora mismo. La dejé en espera. No paraba de reírse. Le hice caso a mi amiga y decidí aceptar esa cita que tanta ilusión me hacía.

*“Claro, no tenía ningún plan para hoy, así que, perfecto. Te paso la ubicación en la que me debes recoger.”*

Esperé como agua de mayo su respuesta.

*“Perfecto. A las 8 estaré ahí. No sé si la resaca te está dando mucha lata.”*

Sonreí al leerlo. Me estaba sacando la más bonita de mis sonrisas.

“Bueno, no estoy muy bien, pero en un rato se me pasa. Me estoy tomando un buen café y luego me tomaré una aspirina. Aunque he de confesarte que conversar contigo está ayudando a recuperarme.”

No tardó en contestarme.

*“Vas a hacer que me sonroje. Esta noche seremos más buenos. No pasaremos de un buen vino para acompañar la cena. Te lo prometo. Dejaremos los gin—tonics para otra ocasión. Hasta entonces, un beso.”*

Me quedé un buen rato en la cocina pensando que me pondría esta noche para la cita con Jordi. Sabiendo lo elegante que era tenía que estar a la altura de las circunstancias. No me podía permitir defraudarlo y defraudarme a mí misma. Tenía que elegir muy bien. Quien mejor me podría ayudar era Lucía, sin duda. Pero también me parecía absurdo hacerla venir para que me aconsejara con el vestuario. Ya



no era una quinceañera, pero era cierto que estaba tan excitada como aquella vez en la que Mario, un compañero de clase, me pidió que fuera su pareja para el baile de fin de curso en el instituto. Y ahora volvía a ser aquella adolescente que, delante del espejo, no sabía qué colocarse y se pasaba las horas probándose una prenda tras otra.

Además, Lucía me perdonaría que la despertara. Seguramente todavía estaba durmiendo. Es la que acaba siempre con la mayor cogorza de las tres. Había pensado en ponerme unos vaqueros ajustados de lycra con unas botas altas y una camisa con un buen escote. Formal, pero en plan sexy. Tampoco convenía asustarlo en la primera cita. No quería que pensara que quería cepillármelo en la primera noche, aunque verdaderamente sí que me apetecía hacer una locura así; lanzarme a por él y devorarlo como una felina en celo.

El día lo pase revoleada en el sofá ya que tenía que guardar fuerzas para lo que me esperaba esta noche. Después de la comida, comencé a sentirme mejor. Tenía un resquemor en la garganta que no había forma de quitarlo por mucho líquido que bebiese. Creo que eran los nervios. La ansiedad recorría todo mi cuerpo. Me tomé la aspirina. Por la tarde, a la hora de la siesta, cuando más relajada estaba, Carmen me llamó. Mi amiga estaba muerta de risa como siempre.

Podía escuchar la voz de Lucía detrás. Habían estado hablando de mí todo el tiempo. Habían quedado a comer las dos juntas sin mí para analizar la situación. “Sois unas cabronas”, les dije con sorna. Menos mal que ya empezaba a estar mejor. Carmen solamente sabía animarme para que me lo tirara cuanto antes. Se escuchaba música de reggaeton al fondo.

Yo creo que no estaban solas y que habían seguido con la juerga del sábado en el piso de Lucía. Yo me moría de la vergüenza al escuchar tales disparates. No sabía qué responder. No estaba tan entrenada como ellas para pensar y responder con rapidez ante este tipo de insinuaciones e indirectas. Las carcajadas de Lucía acompañaban cada frase picantona de Carmen. Como no querían ponerme más nerviosa, cortaron enseguida. Algunas voces masculinas gritaban desde el fondo. A los pocos minutos, recibí unos *WhatsApp* de Lucía deseándome suerte con Jordi.

A las seis de la tarde, comencé a ducharme para luego poder echar un buen rato, peinando mi melena. Era un

tiempo que yo aprovechaba para meditar sobre mis asuntos y, en esta ocasión, Jordi era el motivo de estos pensamientos, porque tenía muchas ganas de que sucediese esa cena. Posiblemente estaba cayendo de nuevo en la misma trampa a la que acostumbraba. Estaba creándome una serie de ilusiones que a lo mejor me pasarían factura. Llevaba mal la frustración y mi mala experiencia con Richard había dejado en mí un poso de amargura que me hacía recelar de cualquier hombre. Por eso, tenía una mezcla de sentimientos que no se me quitarían hasta un rato después de estar con Jordi y de asegurarme de que todo iba como yo me había imaginado

mientras me peinaba.

Unos minutos antes de las ocho, salí hacia fuera y me fui al principio de la calle donde vi que ya estaba aparcado en un flamante BMW blanco. Me sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Parecía una actriz de Hollywood a la que esperan en la puerta de su casa para llevarla a la entrega de los Oscars. No tenía ni idea a que se dedicaba Jordi, pero se notaba que su nivel adquisitivo era alto y era evidente que vivía cómodamente. Era un alivio para mí, pues yo no estaba dispuesta a mantener a ningún hombre por muy bueno que estuviera.

—Estás impresionante. Buenas tardes, preciosa — dijo mientras me daba dos besos. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Era un brillo metálico, hipnótico, que me atrapaba y me dejaba sin palabras. Y de nuevo presentí su olor.

—Buenas tardes, Jordi — dije sonriendo mientras le seguía para que me abriese la puerta del copiloto. Sus formas de actuar eran discretas y elegantes y, en ese momento, me sentí más Julia Roberts que nunca.

El coche era nuevo. El interior me recordaba a mi Fiat que estaba



reluciente. Arrancó el coche y salimos de mi zona. Sus manos se movían suavemente sobre el volante. La música sonaba en su estéreo y, para mi sorpresa, estaba escuchando a Miguel Bosé. De nuevo, su aroma áspero y sutil penetró en mí y las piernas comenzaron a temblarme. Es curioso que nos acordemos de esos detalles que aparentemente resultan insignificantes, pero que a la larga cobran un sentido. En efecto, estaba escuchando Miguel Bosé y una de mis canciones favoritas:

*“Morena mía, voy a contarte hasta diez. Una es el sol que te alumbra, dos, tus piernas que matan, somos tres en tu cama...”*

Estábamos solos en la calle, dentro de un coche, y no dejábamos de mirarnos como en la noche anterior. La canción seguía avanzando y Jordi miraba mis labios, mis labios rojos, intensos, a los que había aplicado un poco de *gloss* para que parecieran más brillantes y jugosos: “*Morena mía, siete son los pecados cometidos, suman ocho conmigo, nueve los que te cobro, más de diez he sentido...*”.

No quería que se rompiera ese hechizo que alguien había echado sobre nosotros. Hasta ahora, nadie se había parado a observar mis labios, cada centímetro de mis facciones, en silencio, como si encontrara el placer, el placer más intenso con solo mirarme. Jordi me hacía sentir que yo era una clase de alucinación o espejismo para él.

Richard nunca se comportó así:

*“Cuando tu boca me toca, me pone y me provoca, me muerde y me destroza, toda siempre es poca y muévete bien que nadie como tú me sabe hacer café”.*

Aquellas letras de Miguel Bosé eran una banda sonora perfecta para definir aquel momento en el que los dos estábamos enganchados. Mi piel se erizaba y un escalofrío comenzaba a recorrer toda mi espalda. En esas reacciones físicas yo estaba advirtiendo que Jordi me gustaba de veras. Aquello no debía ser otra historia efímera, un rollo más, en mi triste currículum de amores fracasados. No podía permitírmelo. Con Jordi, no.

—Pensaba que quizá no aceptarías mi cita. Me ha sorprendido gratamente. No me lo podía creer al principio. No sabía si estaba haciendo lo correcto. Soy más tímido de lo que imaginas. Pero, después de anoche, tenía la necesidad de volver a verte —dijo Jordi, entornando los párpados, sin quitar sus manos del volante.

—No tenía nada mejor que hacer. Y yo también he experimentado una sensación parecida. Últimamente no me ha ido bien con los hombres y me mostraba reacia a salir con alguien, pues temía que el engaño y la desilusión volvieran a mi vida.

Espero no equivocarme esta vez — añadí yo con un tono suave, intentando mostrar cierto grado de tristeza en estas palabras que había escogido pacientemente antes de responder.

—Pues me alegro. Así tendré la oportunidad de disfrutar de una velada contigo. Necesito repetirlo. Estás preciosa— me guiñó un ojo con una intención claramente seductora.

—Eso es lo que quiero por ahora, Jordi. Que disfrutemos de la cena y de nuestra conversación— yo estaba mintiendo, pues quería algo más de ese hombre, pero a veces la prudencia y la sutilidad son las mejores aliadas para que una relación no se rompa al principio.

—Este coche es precioso. Ayer me regalaron mis padres un Fiat 500 nuevo por mi cumpleaños. Me cogió totalmente por sorpresa. Y después apareciste tú y parece que todo fuera un sueño, un extraño sueño donde mis amigas, mis padres y tú sois cómplices para que no despierte. Perdona, si te parezco un tanto estúpida con esta clase de comentarios.



—¿ Me estás comparando con un coche? —bromeó Jordi— Un Fiat 500 es un coche muy coqueto. No estás soñando. Te puedo prometer que no estás soñando. Yo he tenido una sensación parecida. Normalmente no soy una persona que me abra enseguida. Pero anoche tu compañía me cautivó y me da igual si estoy siendo cursi. Pero, volviendo a los coches, creo que tus padres hicieron una gran elección.

Volví a sonrojarme y el temblor de piernas continuó. Su voz tersa producía en mí un estado de embriaguez que me obligaba a fijar mis ojos en sus labios gruesos, en aquellas manos que movían suavemente, pero con firmeza, el volante. Y sus ojos, hundidos en la oscuridad de la carretera, parecían revelar una clase de sinceridad que me gustaba desde el primer momento que abrió la boca en el Mojito. Aunque fuesen meras anécdotas y nuestro diálogo estuviese lleno de tópicos y obviedades, puede interpretar en esa voz un trasfondo misterioso y enigmático que era una de las cualidades que me atraían de Jordi.

—No te preocupes. A mí también me cuesta expresar mis sentimientos. Soy vergonzosa. Quizá es la primera vez que me atrevo a salir con alguien sin apenas conocerlo. Pero, como el personaje de Blanche Dubois en la película, *Un tranvía llamado deseo*, "siempre he confiado en la bondad de los desconocidos". Prefiero que sigamos hablando de nuestros coches. Me pongo demasiado nerviosa al hablar de mí —dije con una voz suave mientras la luz de algunas farolas iluminaba su perfil inmóvil — Los Fiat siempre me han encantado y estaba pensando en comprar uno hace mucho tiempo, pero no me decidía. He estado hasta ahora con mi Seat Ibiza

que llevaba conmigo desde los dieciocho años. Me ha dado una pena abandonarlo.

—Me gusta esta conversación donde mezclamos sentimientos y nuestros gustos por los coches. Me gustan las personas que saben conservar las cosas. Eso dice mucho de ti. Y me gustan también las personas que confían en la bondad de los desconocidos. Espero no ser un desconocido para ti después de esta noche.

—No. Espero que no. Espero que no seas un desconocido en el que deba

confiar ciegamente. Últimamente me puede el pesimismo. Con la crisis, estoy viendo en mi trabajo personas completamente destruidas. Queremos vivir por encima de nuestras posibilidades y luego pasa lo que pasa. Vienen muchas familias ahogadas a mi oficina. Son personas con buenos sueldos, pero que están de deudas hasta las cejas. No me gustaría vivir así, pasar por lo que están pasando ellos. Quizá sea demasiado prudente y el hecho de tener el mismo coche más de veinte años no dé una buena imagen de mí. Pero no puedo evitarlo. Estoy viendo en mi trabajo lo que jamás pensaba qué iba a suceder en este país, Jordi —dije con un tono

de preocupación.

—¿Dónde trabajas? Si se puede saber, claro — preguntó Jordi con curiosidad.

—Trabajo en el Banco de Catalunya.

—¿En serio? ¿En qué oficina? ¿Qué puesto ocupas? —la voz de Jordi sonaba emocionada y eufórica.

—Debería ser la directora, pero por lo visto van a meter a otro. No tengo ni idea de quién puede ser. Algún enchufado. Llevo muchos meses cumpliendo los dichosos objetivos y no hay forma de que promocione. — dije bromeando.

—Bueno, siempre nos lo podemos cargar — respondió de igual manera a mi broma.

—Trabajo en Atención al Cliente llevando los temas de gestión de préstamos, en la oficina que hay a las afueras de Terrassa. Es la oficina principal de la zona del Vallés. Llevo

allí cinco años. Entré con apenas veinticinco y de caja me fueron ascendiendo hasta ocupar el lugar que hoy tengo. Sinceramente me quejo por vicio, porque me siento una privilegiada. Estoy cómoda. Solo trabajo de lunes a viernes por la mañana y tengo los fines de semana para mí, además de un mes de vacaciones. ¡ No me puedo quejar! Pero últimamente me he dejado la piel y esperaba que, tarde o temprano, me dieran un cargo directivo. Otra vez será. Y tú, ¿a qué te dedicas? —mis palabras salían por mi boca sin que yo me diera cuenta de que probablemente estaba haciendo el ridículo. Mi pregunta sonó incisiva y pude ver que



Jordi comenzaba a reír.

—Yo... No sé cómo decírtelo — dijo entre risas.

—¿No serás traficante o algo por el estilo verdad? — solté de repente, un poco asustada.

—Verás, Erika. No, no trabajo en nada ilegal. Prometo responderte a todo lo que quieras, pero, por una cuestión que entenderás más adelante, déjame que te hable de mi trabajo en unos días. Ya comprenderás por qué — sonreía ante mi asombro.

—Me dejas en ascuas. Espero que la curiosidad no pueda conmigo. Algo de misterio tiene que haber por ahí para que ahora no quieras responderme. Respetaré tu decisión y esperaré a que llegue el momento en que tú decidas contármelo. Pero mal empezamos —dije entre irónica y ofendida.

La ciudad se perdía a lejos. Las luces de neón escapaban de nuestra vista como ecos relumbrantes que se diluían en la noche, como luciérnagas imaginarias que poblaran las calles para desaparecer una vez que las descubríamos. El Mercedes cruzaba amplias avenidas donde las colas de restaurantes y cines me descubrían esa otra cara de la realidad. Me preguntaba cuántas historias hay atrapadas en los corazones de esas gentes que esperaban solas o junto a sus parejas. Historias como la mía, como la de Jordi, como la nuestra.

—Bueno, cambiando de tema. Ya hemos llegado al restaurante. Prepárate para cenar los mejores platos que hayas probado en tu vida. Aquí cocinan de cine — dijo mientras aparcaba el coche.

—Tengo buen paladar. Todo me gusta, pero seguro que me sorprendes con los platos de este lugar — dije mientras me bajaba del coche.

Entramos a ese precioso restaurante de madera, donde nos recibieron y acompañaron hasta la mesa que tenía reservada Jordi. Sonaba música de jazz y estaba claro que había acertado con mi vestuario. Las parejas vestían elegantes y era amable la atmósfera que allí se respiraba. La música, el fuego de las velas, el aroma de unos platos exquisitos seducían tanto como la presencia de Jordi a mi lado. Intuía que si había elegido aquel sitio era porque quería que yo me sintiera como una auténtica princesa, si bien no me podía quitar de la cabeza al personaje de Julia Roberts de la cabeza.

Jordi pidió una botella de vino, cuya denominación no había escuchado en mi

vida. Pero viendo el gusto que tenía, seguro que era una exquisitez. Momentos después, apareció el camarero y me dio a probarlo. ¡Era perfecto! Seguía temblando. Jamás alguien me había llevado a un sitio así. La música de jazz dio paso a unos boleros que supe reconocer enseguida y cuyas letras hablaban precisamente de encuentros y desencuentros amorosos. Aquel vino entraba de una manera suave. Y de nuevo volvió a mí ese aroma áspero y sutil de Jordi, volvió a penetrarme, a sumirme en una clase de excitación que, combinado con el sabor afrutado del vino, me sumía en el encantamiento. Estaba hechizada. Puedo decirlo con total claridad.

Jordi se puso a explicarme los entrantes de la carta y le dije que eligiese lo que quisiera, ya que era un experto en la cocina que se servía en ese restaurante. Le pidió al camarero una variedad de platos a modo de degustación, que eran muy característicos de aquel lugar. La pronunciación en francés de Jordi me parecía perfecta así como su desparpajo y seguridad a la hora de elegir por mí.

Me quedé impresionada por lo elaborados que estaban aquellos platos. La presentación era digna para un concurso de fotografía. Y lo que me impresionaba de verdad era también el conocimiento que de aquella comida exótica tenía Jordi. Temía que no fuese la primera mujer a la que había llevado allí. Un sombrío pensamiento apareció en mi cabeza que me hizo dudar de los sentimientos que estaban brotando en hacia aquel hombre. ¿Por qué no quiso desvelarme su trabajo? ¿Por qué se manejaba tan bien en aquel lugar? Estaba claro que no era la primera vez que cenaba allí y seguramente no lo hizo solo.



Yo estaba muy nerviosa. Jordi me imponía mucho. Intenté olvidar ese turbio pensamiento que amenazaba la velada para poder vivir aquel momento con la máxima plenitud. No me sentía incómoda ya que él me estaba tratando de una forma muy especial, pero a veces me notaba torpe ya que me costaba articular bien las palabras.

—Este restaurante me encanta. Suelo venir algunos fines de semana con mis amigos. La calidad de la comida y del servicio hacen que sea uno de los mejores restaurantes de toda esta zona de Barcelona.

—Yo nunca había venido aquí. Pero, cuando se lo cuente a Lucía y a Carmen, no tardaré nada en volver. Me encanta el ambiente — dije mientras probaba un hojaldre relleno de gambas con una salsa deliciosa.

—¿Siempre sales con Carmen y Lucía? — preguntó Jordi con desenfado.

—Sí. Somos amigas de toda la vida. Además estudié con Carmen en la universidad.

—A mí me sucede lo mismo con Alex, mi compañero y amigo de batallas. Por cierto, quiero que sepas que anoche, cuando me crucé contigo en la barra, algo me dijo que no podía dejarte escapar y no sabes cuánto me alegra que estés ahora aquí cenando conmigo.

—Gracias — dije sonrojada.

—No creo en el amor a primera vista. Intento ser una persona racional. Mi trabajo lo exige. Creo que en eso nos parecemos mucho. Vi en ti algo, una mirada, una forma de moverte, unos labios... no sé cómo explicarlo que me tentó a coquetear contigo, a hacerme visible solamente para ti. Y creo que no me he equivocado. Te he visto con ese vestido, caminando hasta mi coche, y me he puesto a temblar como si fuese un adolescente.

—¿Y no te ha gustado sentir eso?

—pregunté sin dejar de mirar a sus ojos profundos.

—Me ha gustado. Y mucho. Has despertado en mí la inseguridad, la incertidumbre, el miedo y la pasión, que necesitaba en mi vida. Y, aunque suene a telenovela, me parece haberte conocido desde siempre —contestó Jordi posando el dedo índice de su mano derecha en mis labios encendidos.

—No suena a telenovela. Suena a ti, a tu corazón. Me gusta que te pongas cursi. No te avergüences de decirme esas cosas tan bonitas. A las mujeres nos gustan los halagos. Quiero que sigas, por favor. Lo estás haciendo muy bien —dije yo, besando tímidamente la yema de su dedo.

—Durante el trayecto, hemos tenido una conversación bastante absurda. Hemos hablado de coches al mismo tiempo que empezábamos a hablar de nuestros sentimientos. No sabía qué camino tomar — dijo al mismo tiempo que su dedo abandonaba mis labios.

—No te preocupes. He estado muy ansiosa todo el día tras leer tus mensajes. Por un lado, deseaba verte con todas mis fuerzas. Por otro lado, presentía que a lo mejor no me llamabas, que no había producido en ti la misma atracción que tú en mí. Estaba equivocada.

No te conozco bien. Pero sé que si, en la vida, no se arriesga lo suficiente, puedes perderlo todo. No sé si serás la mujer de mi vida. No lo sé. Pero tenía que comprobarlo. Te contaré una cosa sobre las luciérnagas: cuando observamos el despliegue de sus hermosas luces sobre la hierba, es que los machos están buscando a su pareja. Mientras tanto, las hembras se sientan sobre las briznas y las hojas a esperar, utilizando sus luces cuando ven a un macho que les gusta. Tengo la sensación de que hoy somos una pareja de luciérnagas que tiemblan al encontrarse, que tiemblan al mirarse con la suficiente timidez para no huir la una de la otra —dijo Jordi, mirándome seriamente a los ojos, al mismo tiempo

que yo temblaba, no por miedo o nerviosismo, sino por la belleza de aquellas palabras tan hermosas y sobrecogedoras.



Después de probar otros vinos y de saborear diversos platos regados en licores diversos, llegó la hora de abandonar el restaurante. Al día siguiente, teníamos que madrugar, así que decidimos volver cada uno a nuestra casa, no sin antes tomarnos un café en un Starbucks que estaba cerca de casa. Montamos en su coche y nuevamente la música de Miguel Bosé comenzó a sonar en mis oídos. No pude evitar tararear algunas de las estrofas. El trayecto de vuelta lo hicimos en silencio, como si cada uno de nosotros se vigilara dentro de ese ambiente de rubor y afecto que habíamos creado cada uno de nosotros.

Al llegar a la cafetería, todavía algunas jóvenes parejas se encontraban en el interior, conversando y riendo, jóvenes parejas de universitarios que vibraban de vida, corazones rebeldes en los que yo me reconocía. Jordi me puso el brazo sobre mis hombros, una forma de acercarse físicamente a mí, transmitiéndome esa sensación de protección que a todas las mujeres nos gusta.

El olor a café y a chocolate caliente se mezclaban con ese aroma que la piel de Jordi desprendía y que en mí evocaba un deseo incansable de estar junto a él, sintiéndolo próximo, sintiéndolo mío.

Pedimos un Moca Blanco. Mi nariz se mojó de la nata que colmaba el vaso al que no le había puesto la tapa, pues quería sorber la crema antes de que se derritiera con el calor del café y de la leche. A Jordi le hizo gracia que un copo de nieve coronara la punta de mi nariz.

Me lo quitó con el mismo índice que yo había besado y probó la nota, y al probar la nata, también me probó a mí, como lo había hecho antes. Me comía con los ojos y ese sentimiento era recíproco. Hablamos un poco de nuestras familias, de una reforma en el piso que yo tenía en mente para darle más amplitud al comedor, de algunas locuras que hicimos en nuestra juventud como que Jordi se pasó una noche entera

atrapado en la gruta de un acantilado porque la marea había subido más rápido de lo que pensaba. A punto estuvo de costarle la vida aquella expedición con un amigo por las rocas y los salientes por los acantilados de Herbeira, durante unas vacaciones en Galicia. Lo que admiraba de Jordi era su capacidad para hacer de las anécdotas más insignificantes emotivas historias que convertían su vida en una excitante experiencia para cualquiera.

Como en los cuentos de hadas, dieron las doce y salimos de la cafetería. Quiso acompañarme hasta casa. No esperaba menos. Caminamos bajo un manto de estrellas que palpitaban acompasadamente. Delante del portal, saqué las llaves y él retiró el brazo que había colocado sobre mis hombros.

Tomó mi barbilla con su mano derecha, suavemente, como si el óvalo de mi rostro fuese un objeto delicado, demasiado delicado. Me miró más allá de mis ojos, como quien quiere averiguar algún secreto oculto, algún animal en el bosque, algún rostro en una multitud que no cesa de moverse.

Yo esperaba con ansia ese beso de despedida. Estaba volviéndome loca. Me temblaban las piernas nuevamente y el aroma de su piel se hizo más intenso, más penetrante. Pero el beso no sucedió. Sus dedos se retiraron de mi barbilla, de mi rostro vencido para rozar sus labios, y, acercándose a mi oído, me susurró unas palabras que fueron mejor que un beso, unas palabras que guardo para mí, para siempre, como una promesa incumplida, como un mensaje cifrado que ni siquiera yo me atrevo a revelar porque me estremece el corazón y me hace sufrir inútilmente.

# Capítulo 3

Me levanté emocionada y temprano, ya que estaba muy ilusionada con lo que me había sucedido durante el fin de semana al conocer a Jordi. Además, la exquisita cena que había tenido el día anterior con él a solas hacía que me sintiera una privilegiada.

Fui hacia la cafetera de Nespresso para prepararme un buen café. Mientras tanto, llené la bañera. Me apetecía darme un gran baño. Café en mano, ahí, revoleada, mientras escuchaba un poco de Cadena Dial. Iba bien de tiempo ya que había madrugado demasiado. Los nervios no me habían dejado dormir profundamente durante la noche. Me había despertado en varias ocasiones.

Miré el móvil por si tenía algún mensaje de Jordi. Nada por ahora, pero estaba feliz y sabía que en cualquier momento me lo enviaría.



Salí de la ducha y me sequé mi larga melena. Me cogí una cola con la raya en medio y me maquillé de forma natural. Me puse unas finas medias y el vestido de Desigual que me habían regalado las chicas. Lo estrenaría junto al bolso. El escote del vestido me quedaba genial. Me veía muy sexy. Me puse las botas de piel marrones y me dieron ganas de echarme una foto y mandársela a Jordi, pero lo veía demasiado atrevido por mi parte.

Volví a tomarme otro expreso antes de salir de casa. En el grupo de las chicas, ya estaban las dos dando la vara para que le contase todo lo que había pasado el día anterior. Les dije que, cuando saliese de la sucursal para desayunar, les contaría entonces por el grupo lo que había significado esa velada con Jordi para mí. Carmen no paraba de decir que no sabía si podría esperar. Lucía dijo que, cuando le contásemos todo, ella soltaría otra bomba, algo que dejó a Carmen comiéndose las uñas.

Me monté en mi Fiat 500. Por estrenar iba a estrenar hasta coche. Sentía como si hubiese adquirido una nueva vida. Estaba llena de ilusión. Estaba en ese cambio de aires que necesitaba en ese momento. Seguía bajo los efectos de esa ensoñación que las palabras de Jordi habían producido en mí.

Fui despacio disfrutando del camino y de la música que iba escuchando. Tuve la suerte de encontrar un aparcamiento en la misma puerta de la sucursal, así que me bajé del coche después de aparcar y me apoyé en la puerta del copiloto para fumar un cigarro antes de entrar.

Entré al banco y ya estaban los demás dentro. Solamente faltaba un compañero en la mesa de enfrente que entró minutos después que yo.

Mi compañero me comentó que el director ya estaba en su despacho y que iba a recibirnos uno por uno. Quería hablar directamente con nosotros, pero de forma individual. El primero fue mi compañero Daniel. Media hora después salió y me dijo que entrase yo, a la vez que elevaba el pulgar de su mano para comunicarme que el director parecía una gran persona. Yo entré nerviosa ya que me daba mucha vergüenza presentarme por primera vez, pero bueno había que coger el toro por los cuernos. Me dirigí hacia su despacho. Toqué dos veces la puerta y escuché “adelante”.

Al abrir la puerta, el corazón me dio un vuelco y la sangre se me subió a la cabeza de golpe. Me puse la mano en la boca y fui incapaz de entrar. Me quedé mirando incrédula. No podía creer que el que estaba detrás de esa mesa era Jordi.

—Adelante, preciosa — dijo con una sonrisa en sus labios y un gesto con su mano me animó a pasar.

Entre y cerré la puerta. Me giré y lo miré fijamente.

—Ahora lo entiendo todo — dije muerta de risa.

—Cuando me dijiste que trabajabas aquí, me dejaste helado. Demasiada coincidencia todo. No me atreví a decirte que yo era el nuevo cargo al que, por cierto, dijimos que nos teníamos que cargar — sonrió mientras señalaba la silla con su mano para que yo me sentase.

—Madre mía, estoy flipando en colores — dije aún con la mano puesta sobre la boca.

—Imagínate. Me tiré ayer toda la cena pensando en si te lo decía o no, pero preferí que te llevaras una sorpresa, aunque lo mismo te estás llevando un disgusto. Espero que no.

—Para nada. Solo tendré que digerir... ¡que eres mi jefe! — dije poniendo las dos manos sobre mi cara.



Hoy ha sido uno de los días que más feliz he venido a trabajar. Además de los nervios de coger este nuevo cargo, venía con una gran ilusión porque sabía que te encontraría aquí. No te preocupes por nada. De todas formas, el trabajo es el trabajo y, una vez que salgamos de aquí, somos lo que tú quieras que seamos.

—Yo ahora mismo soy incapaz de pensar en nada — dije negando con la cabeza mientras me mordisqueaba el labio inferior.

—Tranquila, no te preocupes por nada. Tampoco te molestaré mientras trabajas. No pasará nada de lo que tú no quieras que pase. Espero no perjudicarte, ya que ahora mismo no sé qué es lo que piensas. Si además me estás diciendo que eres incapaz de pensar, pues menos aún podremos llegar a nada, pero imagino que debe ser el shock. Espero que se te pase pronto.

—Vale, jefe — Dije en broma.

—Así me gusta — guiñó el ojo.

—Creo que me voy a ir a tomar un café ahora mismo. Necesito fumarme un paquete de tabaco — dije con ironía.

—Venga, te acompaño — dijo mientras se levantaba para seguirme.

Salimos y Jordi le dijo a los dos compañeros que, si a alguno le apetecía ir a tomar un café, nos podían acompañar. Nos dijeron que no, ya que estaban acostumbrados a desayunar a las diez de la mañana, así que nos fuimos solos al bar de enfrente y nos sentamos en la terraza. Pedimos dos cafés y unas tostadas.

—Me encanta cómo vienes vestida. Te sienta genial ese traje y el bolso es precioso — dijo suavemente ante mi nuevo sonrojo.

—Las chicas me regalaron todo, el sábado por mi cumpleaños.

—Tienen muy buen gusto.

—Pues tú tienes pinta de ser más clásico.

—Sí, pero me encantan los aires juveniles y frescos en las mujeres — dijo con voz suave, poniendo cara de seductor.

—¡Qué fuerte! ¡Mi jefe! Esto es surrealista...

—Tranquila, no pasa nada. Intentaré pasar muy desapercibido. No quiero que te sientas incómoda — dijo riendo.

—¿En qué oficina estabas antes?

—En Sabadell, en paseo Rubio i Ors. Es una sucursal más pequeña que esta. Estaba también de director, pero me ofrecieron esta oficina, que es más grande, y aquí estoy feliz de la vida, la mejor elección que pude tomar sabiendo que estabas tú aquí.

—Sigo flipando. ¡No me lo puedo creer!

—Yo he tenido más tiempo para digerirlo desde que me soltaste la bomba de que trabajabas aquí — dijo mientras mordisqueaba la tostada.

—Yo creo que necesitaré un mes —  
dije esbozando una sonrisa.

—¡Qué exagerada eres! Por cierto, si  
te apetece podemos comer cuando  
salgamos de trabajar. Te dejo elegir  
lugar ya que eres la que conoces la  
zona.

—Claro, te llevaré a un sitio que  
hacen las mejores torradas del mundo.

—Me encanta Me parece perfecto.

Terminamos de desayunar y nos volvimos a la oficina. Ocupé mi lugar y él se fue a su despacho. Mi compi me miró desde la mesa de enfrente sonriendo pícaramente. Me reí y negué con la cabeza. Estaba claro que conociéndolo como lo conocía me estaba insinuando algo de que el director estaba muy bueno y sobre todo porque me había ido a desayunar con él. La mañana me la pasé que no atinaba pie con bola y encima comencé un diálogo con mis amigas en el grupo intentando que contar cómo podía lo que había pasado hasta me tuve que ir al servicio para grabar un audio y contar todo más rápido.



Sobre las doce me llamo Jordi y me dijo que fuera a su despacho para revisar algunos expedientes que debía o no autorizar para créditos hipotecarios. El scoring era el que determinaba si se concedía o no el préstamo, pero a veces ponía pre—autorizado y eso significaba que el director era el que decidía si finalmente se concedía o no. En este caso, como era yo la que los había tramitado y conocía a los clientes, me pidió opinión sobre qué me parecía cada uno de ellos para determinar la forma de actuar.

Fui sincera en cada uno de ellos. Había un expediente que no cumplía algunos de los objetivos, pero, sin embargo, conocía yo a la clienta y pagaría hasta la última peseta, y religiosamente.

Me mataban las miradas que me echaba mientras yo le explicaba. Me ponía nerviosa y sobre todo el corazón parecía que se me iba a salir por la boca. Si antes me imponía, ahora me dejaba sin aire.

Estuvimos un buen rato resolviendo esos expedientes. Volví a mi lugar de trabajo y las miradas de mi compañero volvían a ser mortales. Yo tenía que aguantar la risa.

Unos minutos después volvió a salir Jordi con los expedientes en la mano y los puso sobre mi mesa.

—Llama a cada uno de ellos y les explicas la resolución; queda con aquellos que son viables para explicarles las condiciones y que te firmen las ofertas vinculantes para preparar la firma.

—Perfecto, ahora llamo a cada uno de ellos — dije temblorosa mientras veía a mi compañero enfrente con una sonrisa de oreja a oreja, mirándome.

—No te olvides de concertar la cita con el tasador. Estas operaciones deben entrar dentro del mes. Debemos preparar las firmas rápidamente.

—Claro, no te preocupes, me encargo de ello.

—Gracias Erika — dijo mientras me guiñaba el ojo y volvía a su despacho.

—Daniel, te mato — dije mientras señalaba el cuello con el dedo.

—A ese lo tienes en el bote — dijo, señalando con el dedo al despacho y hablando flojito ante mis risas.

—Estás loco — dije girando el dedo en la cabeza.

Seguí trabajando, estaba deseando que llegase las dos y cuarto para cerrar y comer con él. El primero en salir fue Daniel. Hice tiempo para que así fuese y no me viese yéndome con él. Sabía que si no, al día siguiente me la iba a dar mortal.

El de caja ya había hecho recuento y se había marchado. Un poco después salió Jordi del despacho invitándome a irnos. Le dije que me siguiese con el coche ya que íbamos a comer cerca de mi casa y aprovecharía para dejarlo aparcado allí.

Llegamos al restaurante que era muy familiar y que yo frecuentaba asiduamente, ya que me echaba muchos capotes con la comida y me quitaba muchos dolores de cabeza. Se comía de todo y a muy buen precio, pero en especial era famoso por todas las chorradas que hacía.

—Alex me ha llamado y me ha dicho que te comenté que podríamos irnos los cinco este fin de semana a una casa que tiene en Premier de Mar. Allí podríamos salir de marcha sin necesidad de conducir y también tomar algo cerca de la playa.

Una sonrisa iluminó mi cara, me hacía mucha ilusión que pensara en hacer planes conmigo, aunque evidentemente incluía todos, pero algo me decía que a él le apetecía y lo hacía por mí.

—Perfecto, luego se lo comento a mis amigas.

—Por lo visto, él ha estado hablando con Lucía y le ha dicho que sí, que luego os lo comentaría.

—Entonces iremos seguramente, porque Carmen se apunta a un bombardeo y a mí me apetece.

—Perfecto, entonces el viernes comeremos por aquí y recogeremos a tus amigas y, luego vamos a por él y ya tiramos para Premier de Mar.

—Genial, me parece que tendremos un fin de semana, de borrachera total. Creo que me vendrá bien — dije riendo.

—Sí, eso parece. El jueves me acostaré bastante temprano para ir descansado, ya que yo, para venir hasta aquí, necesito cincuenta minutos de coche. Me levanto todos los días a las seis de la mañana.



—Es verdad, yo hoy me levanté súper temprano, pero normalmente con que me levante a las siete me da tiempo a hacer todo, tranquila, y venir para acá que apenas son ocho minutos.

—Incluso llegué a pensar en alquilar un apartamento aquí, uno pequeñito para estar de lunes a viernes, para no estar dando tantas vueltas. Lo bueno que mi casa fue herencia de mis abuelos y no pago hipoteca, así que no me veo en la necesidad de tener que alquilar ya que está restaurada y escogí muy bien el mobiliario. Sería cerrarla de lunes a viernes.

—Pues estaría bien. Es mucha paliza venir tan temprano y luego la vuelta. Además que aquí un pequeño apartamento de un dormitorio los hay baratos y muy bonitos.

—También he pensado la posibilidad de comprar algo aquí, en vez de pagar un alquiler. Si algún día me trasladan, con alquilarla sobra, para que se vaya pagando sola. Voy a mirar los embargos que hay del banco en esta ciudad. Quizás me interese alguno

—la voz de Jordi sonaba a determinante, un sesgo de madurez se adivinaba en esa forma de hablar que a mí me encantaba.

—Pues sí, está muy bien pensado... —  
dije con convicción.

Estaba un poco cortada. Su voz de terciopelo, suave y rotunda a la vez me causaban admiración y hacía que me sumiera en esa clase de enamoramiento del que estaba siendo víctima. Sus manos fuertes y esa manera de coger las cosas (el volante, la taza, los cubiertos) me excitaban nada más observarlo.

Siempre he sido una mujer que se ha fijado mucho en la forma que tienen las personas de tocar, coger y rozar. Jordi lo hacía de una forma sutil, desprendiendo una seguridad y una fuerza que me hipnotizaba. Ver sus manos, observar sus labios gruesos, carnosos, suaves y adentrarme en esa mirada profunda en la que yo quedaba atrapada eran tareas que ya me había impuesto cuando estaba junto a él.

A veces no lo escuchaba. Quería mirarlo, desnudarlo lentamente, imponerme ese castigo de excitarme con alguien al que todavía no podía besar, ni abrazar, ni tocar. No sé si era el pudor, algún misterio por descubrir o ese perfume que me elevaba hasta lo más alto, haciéndome temblar.

Comimos muy bien mientras hablábamos de cosas sin importancia y noté que él estaba muy cómodo conmigo, como si me conociese de toda la vida. A veces yo le susurraba algún piropo para que él entrara también en ese juego de provocarme a través de palabras bonitas, versos, letras de canciones.

Me di cuenta de que era una persona que leía mucho y tenía un gran repertorio de frases de amor que, de vez en cuando, durante la conversación soltaba espontáneamente para que yo me sonrojara. Le gustaba que yo me sonrojara, que temblara con su voz, con alguna caricia intencionada.

Yo quería besarlo, pero no encontraba el momento. Estábamos relajados, al mismo tiempo que, emocionados y eufóricos. Era lunes, pero los dos pensábamos en el fin de semana, en ese loco fin de semana. Nos despedimos después de comer y, durante la tarde, me estuvo mandando mensajes a mi teléfono móvil, mensajes que yo todavía conservo como el testimonio de un amor apasionado que me duele recordar:

*“Te deseo, te quiero, te olvido, te recuerdo, te invento, mi Erika”*

*“Te espero porque eres mía, toda mía. Eres lo azul, el aleteo de un pájaro en lo azul de tus ojos”.*

*“Mi boca lo espera. Lo espera con  
ansia. Mi boca será para siempre tu  
beso”.*

*“No me ames por lo que soy. Ámame  
por mi sufrimiento”.*

*“Tu pelo, tus manos, tu voz, el mar,  
junto a ti. Un café. Un abrazo. Una  
vida. Juntos y que todos se olviden de  
nosotros”.*



Esa misma tarde del lunes, quedé con mis amigas, Carmen y Lucía, a merendar en el mismo Starbucks en el que había tonteado con Jordi la noche antes. La tarde tenía un sol espléndido. La luz amarilla alumbraba todo lo que había a mi alrededor con un brillo especial. No era la luz, era yo, que miraba con otros ojos a la vida. De repente, toda mi existencia giraba en torno a ese nombre que yo repetía una y otra vez en mi cabeza.

Mis amigas se dieron cuenta enseguida de que era una mujer distinta, de que había rejuvenecido, de que mis risas y mi forma de caminar recordaban a una quinceañera a la que acaban de presentarle a un chico que le hace tilín. Me sentía también desbordada por tantas emociones en tan poco tiempo. Carmen, que era la más cachonda, no dejaba de reír y de gastarme bromas. Lucía iba directa al grano y no paraba de preguntarme cuánto tiempo iba a tardar en tirármelo.

No sabía qué decir, porque yo era incapaz de responder a la misma velocidad con la que preguntaban ellas. Nos sentamos en una escueta terraza del Starbucks y yo volví a pedir el Moca Blanco y con ese café me vino a la cabeza la caricia de Jordi sobre mi nariz y mis labios, sus palabras en mi oído que conservaré siempre. Carmen y Lucía se pidieron un café con nata y esperaban ansiosas a que yo comenzara a relatarle mi cuento de hadas.

—No puedo más. Cuenta, cuenta, tía...

— suplicó Lucía.

—Mira, no sucedió nada extraordinario. Me llevó en su coche hasta un restaurante donde servían toda clase de comidas exóticas — contesté haciéndome la interesante.

—Pero, seguro que te guardas algo. ¿Qué cosas te dijo? — preguntó Lucía, intrigada.

—Hablamos de coches.

—¿De coches? Qué raros sois — añadió Lucía, extrañada.

—Bueno... y también hablamos de nuestros sentimientos. No me quiso decir en qué trabajaba. Y esta mañana ha sido cuando me he llevado la sorpresa.

—¡Qué cabrón! —rió Lucía.

—Estoy feliz. No puedo decir otra cosa. Fue un acierto que fuéramos al Mojito. Gracias a vosotras he descubierto a una persona que me escucha, que me hace sentirme atraída, que no cesa de escribirme mensajes poéticos. Estoy en un sueño —contesté con sinceridad.

—Veremos este fin de semana. Espero que todo salga bien. A mí Alex me gusta, ¿sabes? —repuso Carmen, emocionada.

—No me jodas. Siempre te adelantas — dijo Lucía, celosa.

—Oye, me pareció escuchar voces de tíos ayer por el teléfono. ¿Qué hicisteis? — pregunté con tono enigmático.

—Fue la loca esta. Invitó a mi piso a unos vecinos, universitarios que están de Erasmus. Empezamos con el karaoke y luego continuamos con chupitos y tequilas — dijo Carmen, sin borrar la sonrisa de su cara.

—Pobres... están muy solos en el piso. Deben conocer nuestra cultura —dijo Lucía con ironía.

—Estáis como cabras. Pero, ¿estaban buenos? —pregunté con intención.

—¡Qué va! Estaban asustadísimos, especialmente, cuando Lucía se puso unas mallas y un top que quitaban el hipo —dijo Carmen arrugando los labios.

—Me pasé un poco, pero quería estar cómoda. Los suizos y los alemanes no están acostumbrados a ver un cuerpo como este —añadió Lucía, poniéndose en pie y moviendo, a continuación, las caderas.

Después de un rato, decidimos ir de compras, pensando en ese fin de semana. Nos encantaba salir juntas y ver escaparates. Nos probábamos juntas, opinábamos sobre lo que nos quedaba mejor y, si hacía falta, nos prestábamos dinero para que ninguna se quedara con las ganas de comprar algún vestido que le gustara.



Por esa razón, Carmen y Lucía eran como dos hermanas para mí. Nos despedimos y, en aquellas horas que pasamos juntas, no dejaba de mirar el móvil. En efecto, Jordi no dejaba de mandar esos versos que a mí me ponían a cien.

*“No dejes que el aire ocupe el espacio entre nuestros labios”.*

*“Tu voz es una mano sobre mi pecho, desnuda, frágil, intensa”.*

*“Un beso para siempre, para que yo te siga allí donde los pájaros vuelan sin temor”.*

*“Cerezas en tu boca para que yo bese  
la luz de tu cuerpo”.*

Cuando llegué el martes al trabajo, no sabía qué decir. Sentirlo a mi lado era hundirme en las aguas claras de mi propia ingenuidad, como si el enamoramiento fuesen unas brasas que no se apagasen jamás. Moría con él allí, en la oficina. Su elegancia, su porte, esa manera de mirarme fijamente, sus manos acariciando la luz, las cosas, mi mejilla, la ausencia de un beso que estaba tardando en llegar... todos esas impresiones calaban en mí y me impedían concentrarme en mi trabajo como yo deseaba. Creo que a Jordi le pasaba lo mismo.

Me lo confesó varias veces esa semana, cuando salíamos a desayunar y luego nos íbamos a comer. Por la tarde, cada uno de nosotros seguía con nuestra vida, como si no quisiéramos ocupar la intimidad del otro. Aunque Jordi ya formaba parte de esa intimidad en la que yo me refugiaba cuando no estaba con mis amigas o con mis padres, a los que también visité esa semana, pero a los que no dije nada. No sé si por temor o por vergüenza.

Quizá porque aquella relación todavía no había tomado el cariz de seriedad que debería. Debo reconocer que a mí me encantaba ese juego discreto en el que participábamos, dejándonos arrastrar por momentos de pasión como podía leer en muchos mensajes de Jordi.

*“Tómame. Estoy vencido. Al arrullo de tus brazos, no querré escapar jamás”.*

*“Mis manos sobre ti, como palomas vencidas sobre la arena”.*

*“Tu pelo es el mar o las estrellas que tiemblan cada noche en mi soledad”.*

*“Temo que te vayas, que me dejes aquí,  
junto a tu sombra, junto a nadie. Yo te  
amo como ama la primavera a los  
cerezos”.*

Según pasaban los días, sentía que Jordi quería una relación seria y madura conmigo. El hecho de que no me besara me parecía un detalle hermoso, como si estuviese esperando una ocasión especial para entregarse a mí. Solamente vivir con esos pensamientos me hacía creer que era posible que estuviese delante de mi príncipe azul, de ese príncipe azul que tantas veces se me había escapado. Carmen y Lucía seguían expectantes los pequeños avances de mi relación y lamentaban que Jordi no me hubiese besado todavía. Veían en esa actuación una clase de Romanticismo que envidiaban. Sus relaciones jamás habían seguido este patrón.

Añoraban que alguien así se comportara de esa manera con ellas. Y es cierto que Jordi se estaba entregando a mí de esa forma silenciosa, prudente, lejos de una mera atracción física. Notaba que él quería conocerme en profundidad, escrutar en mi corazón, acariciar cada uno de esos sentimientos que en mí producían sus palabras y sus mensajes.

Los días de la semana pasaron muy rápido y cada noche, presentía la figura de Jordi cerca de mí, especialmente, cuando me acostaba. Volvía a mí su olor, su aroma cautivador, sus palabras de hechizo.



# Capítulo 4

Carmen, Lucía y yo llegamos a Premier de Mar bien entrada la tarde. Cualquiera diría que se encontraba a varias horas de viaje, pero estaba a poco más de media hora, que es lo que puedes tardar si coges tu coche y vas sola a cualquier sitio. En el momento que quedas con tus amigas, ya todo se descontrola, sobre todo si tienen su reloj con la hora canaria, las maletas aún sin hacer y sin haber almorzado.

—Tienes que girar a la derecha cuando yo te diga.

—¿Cuando tú me digas, Carmen, o cuando lo diga el aparato ese?

—refunfuñé mirando de reojo a mi copiloto.

—Tendrás que actualizar la versión. Esto no anda bien. Me parece que no hemos perdido. Y a mí perderme por aquí no me hace ni puñetera gracia

—dijo ella mientras golpeaba el GPS contra el salpicadero.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Que es nuevo!

—grité y di un volantazo tras perder el control del coche.

—Oh, Dios mío, casi morimos...

—gimió asustada , muy asustada,  
Lucía, que estaba sentada atrás.

—No seas exagerada, solo he perdido un poco el control —dije intentando quitarle importancia, porque tampoco había sido para tanto.

—Claro que sí, solo un poco, cuando lo pierdas entero... ¿qué va a ser?  
¡¿Estrellarnos contra quien circule en dirección contraria?!

—No sé si has notado que aquí solo estamos nosotras. Si nos despeñamos por aquí no nos encuentran ni las águilas —Carmen como siempre, ayudando...

Agarré el volante con la mano izquierda fuertemente y alargué la otra, sin perder esta vez la vista de la carretera, y le quité el dichoso chisme a mi amiga. Por culpa de tanta tecnología casi nos matamos. Aquel aparato no había servido para nada, solamente para matarnos en un lugar que no conocía ni Dios.

—No tienes paciencia —dijo Carmen indignada.

—Que no tengo paciencia...

—Oh, Dios, casi morimos... —seguía suspirando Lucía.

—Cállate —le dije entre dientes.

Me estaba poniendo nerviosa. Paré el coche allí mismo. Aquello era un descampado y, por más vueltas que dábamos, acabábamos en el mismo sitito—. ¿Y tú me hablas de paciencia? —me dirigí a mi copiloto— ¿Cuánto tiempo llevo conduciendo? ¿Tres horas?

—Bueno, es que esto da las indicaciones equivocadas. Ah, no, no pongas los ojos en blanco. Estos chismes hay que actualizarlos y, por lo que veo, tú no lo has actualizado y el puto aparato no sabe dónde estamos—insistió Carmen.

Tomé aire y miré el GPS intentando entender algo, pero aquello era un puzle de diez mil piezas para mí. Estaba asustada. Por culpa de Carmen, estábamos en tierra de nadie. Esto cada vez se parecía más a una película de terror americana donde un grupo de adolescentes se pierde en el desierto y acaban todos descuartizados y siendo carne a la parrilla.

—¿Estas somos nosotras? —pregunté mirando el triangulito azul que señalaba la pantalla.



—No soy la única que no se entera

—Carmen se cruzó de brazos, muy satisfecha consigo misma.

—La culpa es mía por fiarme de ti, no sé la de vueltas que hemos dado ya, ni que esto fuera una gran capital para no encontrar la maldita casa —estaba desesperada, porque no entendía aquel chisme.

— Carmen, ¿esto dónde lo compraste?  
¿En un Chino de tu barrio? —  
pregunté con ironía.

—No. Lo compré en el Mediamarkt. Lo regalaban con la Nespresso que me compré — dijo Carmen, convencida de la calidad de aquel producto.

—¿Pero parece que señala una ciudad? Pero esto de ciudad tiene lo que yo de virgen — dijo Lucía, acojonada y sin dejar de mirar a su alrededor.

—Una capital no es. A mí más bien me parece un sitio dejado de la mano de Dios —Carmen miró por la ventana del coche— A lo mejor no te han dado la dirección mal... Está bien, no me mires así. Está claro que nos hemos perdido. ¿Tienes idea de dónde estamos? Aparte de estar perdida en medio de la nada, claro.

—No —suspiré—, y se nos está haciendo de noche. Y ya me estoy cagando solo en pensar que estoy perdida por estos caminos de cabras donde todavía no he visto ni una sola alma.

—Teníamos que haber venido con ellos, si es que os lo dije. Pero no, somos mujeres independientes que no necesitamos a los hombres para nada, ¿verdad? ¡Idiotas es lo que somos! Toma independencia. Nos van a coger unos bárbaros y nos van a rajar. Ayer, en las noticias, escuché que a una chica la habían cogido en un descampado unos tíos y la habían tenido encerrada en una caseta de madera cuatro meses hasta que la policía dio con los delincuentes que habían pedido un rescate a la familia — dijo Lucía, añadiendo más literatura de terror a aquella situación tan desagradable.

—Gracias por animarnos de esa forma. Gracias por informarnos con tanto detalle. Mira a ver, Lucía, si te acuerdas de alguna noticia más del mismo estilo o , mejor, cuéntanos la vida de algún asesino en serie. Ahora nos ayudaría mucho a mantener la calma, ¿sabes? —añadió Carmen, con una mirada fría y amenazante hacia su amiga del alma.

Carmen y yo miramos rápidamente para atrás. Lucía era la mujer más independiente, incluso podíamos decir feminista, que conocíamos. Ese comentario no era normal.

Nos quedamos observándola mientras relataba en voz baja y nosotras esperábamos a que se le pasara toda aquella tontería que tenía encima.

—¿Qué? —preguntó unos segundos después, cuando levantó la cabeza y nos vio mirándola. — ¿Qué he dicho? Joder, os enfadáis por nada. Yo solo he dicho que no nos hubiera costado venir con alguno de esos tíos dentro del coche para que nos guiara porque esto está en el culo del mundo.

Ninguna dijo nada. Teníamos tal ataque de nervios que empezamos a reírnos las tres a la vez. Estábamos casi llorando cuando sonó el móvil. Al cogerlo vi que era Jordi quién llamaba. Respiré aliviada y, sin saber por qué, comencé a llorar. Los nervios y la ansiedad me estaban jugando una mala pasada. Mis amigas me miraron como si fuese una tonta y es que verdaderamente parecía una tonta. Fue escuchar la voz de Jordi y me puse a temblar.

—¿Sí? —dije entre risas.

—Hola, ¿os habéis perdido?

—Si "perdido" significa que estamos en medio de ninguna parte, dando vueltas en círculo y volviendo al mismo sitio y, que además no entendemos el dichoso cacharro este que la tonta de mi amiga Carmen compró en el Mediamarkt, pues sí, nos hemos perdido —dije sin parar de reír por los nervios.

—No me hace gracia, Erika, ¿dónde estáis? —preguntó muy serio, pero yo no podía dejar de reír.



—No lo sé, te lo estoy diciendo. Solo veo pinos y caminos de piedras. No hay casas, ni luces, ni nada. Esto es una boca de lobo. Jordi, estamos asustadas. Vamos a llamar a la Guardia Civil. Creo que estamos seriamente en peligro.

—Está bien, mándame la ubicación por WhatsApp, ¿puedes?

—Sí, claro — y, después de contestar, hice una captura de pantalla de aquellas líneas y gráficas que marcaba el GPS y se la envié.

—En unos minutos estamos allí —dijo  
Jordi antes de colgarme la llamada.

Hice lo que me pidió y solté el móvil. No sabía qué le había molestado, si el hecho de que nos hubiéramos perdido o que se lo dijera riendo. Estaba claro que aún no lo conocía demasiado. Sería por eso que cualquier actitud fuera de lo normal podía llamarme la atención. Cuando estás enamorada, tiendes a exagerarlo todo y seguramente aquella reacción inesperada de Jordi era fruto de mi estado de nervios y de mi sensibilidad hacia ese nuevo amor que comenzaba. Las chicas y yo tampoco teníamos la culpa de habernos perdido. Estas cosas suelen pasar y tampoco hace falta ponerse a la tremenda.

Álex y Jordi nos habían propuesto venirnos todos juntos, pero Lucía necesitaba salir un poco más tarde, así que las tres decidimos salir solas, total, teníamos un GPS que nos conduciría a su casa sin problemas, ¿qué iba a salir mal?

Pues todo, al parecer... pensé.

Para ser tres mujeres independientes y seguras, estábamos asustadas en aquel sitio. Lucía se había sentado en el asiento junto a Carmen y habíamos bloqueado el coche desde dentro. La fantasía y el terror podían jugarnos una mala pasada y, rodeadas por aquella oscuridad, en aquel desamparo, no podíamos evitar pensar en películas de terror que habíamos visto tantas veces juntas, envueltas en una manta, comiendo helado y palomitas.

Cómo echaba de menos aquellas veladas donde disfrutábamos de películas de terror como Viernes 13 o de películas de amor como Ghost o Pretty Woman.

Estábamos medio asfixiadas. Las ventanillas estaban cerradas y las tres estábamos fumando a causa de los nervios. Parecíamos pavas. Pero, si lo piensas bien, aquello era para estar acojonadas. Tres tías buenas se pierden en un bosque y la noche las sorprende. Se quedan encerradas en su vehículo, esperando a que alguien las ayude. Sin duda, era el argumento ideal para una película de zombis, hombres lobos o de asesinos en serie. Yo no quería ser la prota de Crepúsculo ni de La matanza de Texas.

—Como no apagues las luces, encima vamos a tener que llamar a la grúa  
—se quejó Lucía, sin dejar de fumar.

—Si las apago, no vemos —le respondí mientras miraba la oscuridad de fuera.

—Yo no apago las luces ni muerta. ¿Qué quieres, que me dé un infarto? Que le den por saco a la batería del coche, pero yo no apago las luces. Antes, muerta. Si a alguien se le ocurre apagarlas, tendrá que pasar por encima de mi cadáver —soltó Carmen, con un tono de amenaza.

En ese momento vimos un coche acercarse. Pararon frente a nosotras y dejaron también las luces encendidas. Me puse en lo peor. Me dije: ya están aquí los asesinos de esas películas que vimos en tantos DVDs.

Pero no fue así. Menos mal. Álex y Jordi aparecieron ante nuestros ojos y las tres suspiramos aliviadas. Quité el seguro y abrimos las puertas.

—Mira que hay sitios en Premier de Mar, pero venir a perderos aquí...

—rió Álex, meneando la cabeza. Le dimos todas dos besos y él no dejaba de reír.



—¿Estás bien? —Jordi ni siquiera nos había saludado.

Me había cogido del brazo y me apartó un poco de los demás. Aquello no me gustó nada.

—Sí, tranquilo, solo nos hemos perdido.

Miré su cara, intentando entender por qué tenía esa expresión de preocupación.

—Me has dado un susto de muerte  
—dijo mirándome intensamente, pero  
sin acercarse demasiado a mí ni  
tocarme.

—Jordi, solo nos hemos perdido por  
culpa del cachivache ese. No tienes  
por qué ponerte así. Ha sido un  
incidente tonto y todo va a quedar en  
una anécdota con la que nos reiremos  
mucho —dije refiriéndome al GPS.

Su móvil sonó, cogió la llamada y entró en mi coche, dispuesto a conducirlo. Dijo un par de frases y colgó. Se le notaba alterado. Algo no andaba bien en aquella cabeza. Comencé a mirarlo con otros ojos. ¿Por qué se estaba mostrando de esa manera? ¿Qué había hecho mal yo para que tuviera esa actitud hacia mí? Álex estaba feliz de habernos encontrado y se mostraba simpático y relajado.

No pude escuchar con quién hablaba Jordi, pero me entrañó verlo así, como si intentara evitar perder el control. No quería que se repitiera la misma historia que con otras relaciones donde al final mis novios habían sido todos unos engreídos, unos estúpidos y unos egoístas.

Más de uno de esos hombres con los que salí estaba tocado del ala. No. No quería que Jordi fuese uno más. Lo deseaba con todas mis fuerzas. No podía sucederme otra vez la misma historia de siempre.

Nos dividimos en los dos coches y llegamos un rato después a la casa de Álex. No estaba muy lejos del descampado siniestro en el que acabamos, incluso habíamos pasado por allí y no nos habíamos dado cuenta de que había una casa. Entramos en el chalet y aún notaba un poco serio a Jordi. La tensión en su cuerpo era evidente. No me miraba y eso me encogía el corazón. Yo quería que me mirara con deseo, como lo había estado haciendo hasta ahora.

Dejamos las cosas en las habitaciones y nos unimos a ellos dos en el porche. Nada más vernos, Jordi nos sirvió una copa de vino a cada una.

—¿Estás bien? —le pregunté sentándome a su lado.

—Sí, perdona, solo me estresé un poco. No me vuelvas a hacer eso, por favor, te lo pido.

—¿A hacer qué? —no entendía de qué hablaba.

—A desaparecer de esa manera. No quiero que desaparezcas, Erika. Tú, no.

# Capítulo 5

Por fin ya estábamos todos más relajados. La copa de vino que nos habían servido nada más llegar a la casa de Alex nos había hecho efecto a todos. Jordi nos había propuesto que esa noche nos quedáramos en la casa y pidiésemos comida China, a todos nos pareció una genial idea y luego nos tomaríamos unas copas en plan relax allí en la casa, así que todos nos pusimos cómodos e hicimos esa llamada al restaurante.

Miraba a Jordi. Lo veía triste, como abatido. Estaba segura que le pasaba algo y no me lo había contado, pero no quería ser pesada preguntándole sobre lo mismo todo el tiempo.



Un rato después llegó el chico del reparto de la cena. Nos pusimos a comer y Carmen no paraba de bromear sobre lo que nos había pasado en el descampado y la cara de Jordi era un poema. Laura, Alex y yo no podíamos parar de reírnos recordando lo sucedido. No entendía que Jordi no se riera de aquella situación con nosotros.

Tras la cena, recogimos todo y nos pusimos a tomar copas. Jordi se veía más animado.

—Bendito viernes — dijo Lucía levantando la copa.

—Creo que es el día máspreciado para el 80% de la población — respondió Alex sonriendo.

—Lo bueno de todo esto que mañana no tengo que aguantar a mi jefe — dije muerta de risa mirando a Jordi.

—No creo que puedas tener quejas de él — dijo defendiéndose.

—Buenoooooooo....

—¿Bueno qué, Erika? — preguntó mirándome a los ojos fijamente.

—Prefiero no hablar sin presencia de mi abogado...

—¿Desde cuándo tienes abogado? — preguntó Carmen muerta de risa.

—Desde que metieron a mi nuevo jefe en la oficina, algo me dice que lo voy a tener que demandar...

A todos les entró un ataque de risa. Jordi me miraba negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco, aunque ya estaba mejor. Ese día no estaba muy bromista. Tenía claro que algo le había afectado demasiado. Menos mal que la velada estaba transcurriendo de esa forma tan agradable y divertida. Podíamos ver cómo temblaban las luces de las estrellas en el cielo. Era un espectáculo maravilloso.

—Mañana por la noche tenemos que salir de marcha. Tengo ganas de poner patas arriba este lugar — dijo Lucía mientras daba un trago al gin — tonic.

—Yo os pienso llevar atadas con unas cadenas de vuestro cinturón al mío, porque visto lo de hoy, si os perdéis de día, no quiero imaginar qué puede pasaros por la noche — dijo Álex muerto de risa.

—Si yo me pierdo, no me busquéis, ... que lo mismo me he perdido con algún ligue que conozca esa noche — soltó Lucía mientras miraba su copa para no estallar de la risa.

—Y tú, Erika, ¿te vas a perder también? — preguntó Jordi ante todo nuestro asombro, a la vez que movía la copa y me guiñaba el ojo. Estaba claro que estaba provocándome y que hiciera ese tipo de cosas me gustaba. Y mucho.

—No lo sé, según como me trate la noche....

—¿Y cómo quieres que te trate? — estaba intentando desafiarme indudablemente con esa mirada que no dejaba de apartarla de la mía.

—¿En serio lo preguntas? ¿No sabrías de verdad cómo quisiera una mujer que la traten? Mal te veo jefe, muy mal.... — solté con una sonrisa pícaro, porque yo también quería provocarlo a fin de cuentas.

Con Jordi, había vuelto a descubrir que este tipo de cosas son la que dan salsa a una relación.

—Sé cómo le gustaría que la tratase a cualquier mujer, pero no a una petarda como tú — dijo mientras aguantaba estallar de la risa.

—¿¿¿¿ Me has llamado petarda ?????  
Escúchame, bonito, que por mucho  
que seas mi jefe, hoy no estoy en la  
oficina, ni trabajando, así que te  
puedo mandar a la mierda y quedarme  
tan ancha — dije sonriendo  
irónicamente ante la risa de todos  
ellos.

— Erika, t engo una duda, si me  
mandas a la mierda ¿te vendrías  
connmigo? — preguntó chulescamente  
mientras me guiñaba el ojo.

—No, cariño, yo no soy una  
“cualquiera” de esas que tú sabes  
cómo tratar....



1. Cierto, eres una petarda ...

—¡Ya me he enterado! No hace falta que me lo repitas más — dije mientras veía como mi amiga Lucía y Carmen se miraban descojonadas de la risa.

Lucía que se había tomado un montón de copas de vino estaba ya cada vez más mareada y se levantó, y se fue para un sofá que había al fondo del salón. Se cubrió con una fina sábana y se quedó dormida antes que nos diera tiempo a despedirla, estábamos muertos de risa, pero las indirectas entre Jordi y yo, no iban a cesar. Creo que el vino y el buen rollo entre todos eran lo que estaban creando ese ambiente mágico entre todos nosotros.

Nos quedamos los cuatro en la mesa tomando copas.

—Entonces, Erika, ¿cuándo nos vamos a la mierda? — preguntó Jordi, deseando buscarme la lengua de nuevo.

—Ya te queda menos, primero te enviaré a ti y luego ya iré yo si eso...

—Ya, ya. Qué lástima, pensé que me querías más...

—Hermano, ¡a ti no te quiere ni Dios! Yo no sé qué hiciste, pero veo el panorama muy negro— dijo Álex, tocándole el hombro y dándole unas palmadas.

—Las mujeres, que me tratan muy mal... Y yo me lo merezco. No me lo merezco.

—Sí, claro, las mujeres, ¿no será que ustedes se lo buscan solitos? — contestó Carmen poniendo ojos en blanco.

—Pero si nosotros dos somos unos angelitos — dijo Alex mirando con una sonrisa muy pícaro a Jordi.

—Claro que sí hermano, pero las mujeres nos siguen sin comprender — reiteró nuevamente Jordi.

—Qué manera de hacerse las víctimas, por favor. Sois patéticos — dije mientras miraba a Carmen intentando aguantar la risa.

En ese momento, Jordi puso una canción en el móvil. La reconocí inmediatamente, lo mismo que le pasó a Carmen, que nos miramos y comenzamos a reírnos. Esa canción era una clara indirecta hacia nosotras. Era una clara provocación. No podía ser otra que una canción de Sabina.

*Vístete de putita, corazón,  
vuélveme loco.*

*Ponte esas braguitas de nylon  
y luego te las quitas poco a poco.*

*No me tengas a dieta,  
me queda una chinita para un peta  
y un disco de boleros  
para jugar contigo,  
a menos de una cuarta de tu ombligo,  
a mancharte de tarta los ligueros.*

Lo miré de forma asesina. En ese momento, reventó a reír y todos detrás de él. Jordi tenía ese punto, un lado intelectual, sin duda, pero también la seductora y esa pícara que lo hacía más irresistible aún. Por esa razón vi en él lo que no había visto en otros hombres con los que había salido antes.

Pero pensé que, si quería hablar a través de esa canción, yo le respondería de la misma manera, así que busqué una que le cantaba mi madre a mi padre cuando se enfadaba. Era una canción de Rocío Jurado, así que cuando terminó la de Sabina le plante la mía.

*Es un gran necio,  
un estúpido engreído,  
egoísta y caprichoso,  
un payaso vanidoso,  
inconsciente y presumido,  
falso, enano, rencoroso,  
que no tiene corazón*

Álex se levantó rápidamente de la mesa y miró fijamente a Jordi.

—Hermano, esto se llama donde las dan las toman, ¡cómo se te ocurre provocar de esa manera una mujer!  
— dijo fingiendo una regañina.

—Déjala, yo no me doy por aludido...





—Pues solo ha faltado poner tu nombre.

—Que si no te ha quedado claro, te lo digo de diferente manera, que iba dedicada exclusivamente para ti — dije sonriendo irónicamente.

—Luego me la cantará a solas si es tan valiente...

—Soy valiente para eso y mucho más, pero no te hagas ilusiones de estar conmigo a solas esta noche...

—No me retes, que te cojo ahora mismo te llevo a la habitación y no tienes la suficiente fuerza como para impedirlo...

—Uhhhh. ¡Qué miedo! — chillé irónicamente.

Mi amiga Carmen estaba flipando con nuestra conversación, por no decir claramente que estaba asustada. Nunca me había visto tan lanzada con un hombre. Sabía que si seguía tirándome de la lengua iba a terminar esto como el rosario de la aurora. No parábamos de mirar al sofá y ver cómo se había quedado dormida plácidamente Lucía. El alcohol estaba haciendo mella en nosotros y Carmen dijo que se retiraba a dormir. Álex se levanto rápidamente para seguirla e irse con ella a la habitación. Estaba claro que ahí había tema, pero habían estado disimulando toda la noche.

—Erika, solo quedamos tú y yo.  
Deberíamos ir pensando en irnos a la habitación a dormir - dijo Jordi sin abandonar el tono de humor.

—Tú, acomódate al lado de Lucía, ya ves que es grande el sofá... -añadí yo con tono serio, haciéndole rabiar mientras él se ponía cada vez más nervioso.

—Yo me voy a ir contigo a la cama, quieras o no — dijo sonriendo maléficamente.

—No permitiré que duermas conmigo — dije sacándole la lengua mientras me iba a la habitación.

Se levantó rápidamente y me dio una palmada en el culo para que fuese andando para adentro mientras que él me seguía .

—Anda y calla, que soy tu jefe - sentenció entre serio y bromista para que yo cayera en su trampa.

—¿Perdona? — estoy en mi día libre.

—Bueno, una cosa es que tengas el día libre y otra que no por ello dejas de tener jefe, así que más vale que no lo cabrees — dijo mientras se levantaba para abrir la puerta e invitarme a pasar.

—No me pienso acostar contigo - insistí porque estaba claro que me apetecía jugar con él, tratarlo como si fuera una marioneta.

—No te estoy pidiendo que lo hagas, solo que duermas junto a mí.

—No te hagas el listo que me has entendido — dije mientras me metía en la cama directamente y veía cómo se acercaba para hacer lo mismo.

—Déjame hueco, si no lo tendré que hacer yo...



Se metió en la cama junto a mí y se acercó a abrazarme y a darme un beso en la cabeza. En el fondo estaba deseando que tomase el control de la situación y dejarme llevar por él. Me encantó que fuese tan tierno, que, en el fondo me respetara y supiera tolerar todas las bromas que le había estado gastando toda la noche. Creo que Jordi estaba superando cada una de mis pruebas.

Me quiso hacer la dura, pero metido en su pecho en él, con la borrachera que tenía, me quedé dormida. Y me sentí protegida al abrigo de esos brazos que tanto necesitaba.



# Capítulo 6

Me desperté y ya olía a café. Levanté la cabeza de la almohada y miré a mi lado de la cama con los ojos entrecerrados. Gemí y volví a agachar la cabeza, apretándola con fuerza cuando el sol dio en mis ojos.

Tenía una resaca monumental. Es lo malo de beber gin-tonics. Entran muy bien, pero luego viene el mazazo por la mañana. Recordaba haberme acostado en la cama con Jordi, pero a saber si era verdad o era fruto de mi imaginación de borracha porque, en ese momento, estaba sola en la habitación. La cabeza me dolía horrores, pero conseguí levantarme de la cama y fui a la cocina.

Jordi estaba sentado a la mesa, con una taza de café en las manos, mirando el móvil. Levantó la cabeza al escucharme entrar y sonrió al verme. Aún recuerdo aquella cara llena de luz y de vida como si fuera ayer.

—¿Mucho dolor? — preguntó con una sonrisa en la voz. Asentí con la cabeza y dejé de hacerlo al ver que me mareaba —. No, tranquila, yo te lo preparo — me señaló una silla para que me sentara y se levantó a prepararme el café —. Imagino que no querrás comer nada.

—No — me había dado asco solo pensar en comer —. Un café con leche solo.

—Toma — me dio una pastilla que me tomé rápidamente y me puso el café en la mesa—. No pienso dejarte beber más. No sabes beber. Te pones como loca y a decir tonterías. Te pusiste muy chula ayer conmigo.

—Como si contara tu opinión  
—resoplé divertida, intentando provocarlo de nuevo.

—Importa más de lo que crees, Erika, pero no es el tema ahora.

—Lo que no entiendo es que tú estés como una rosa mientras yo estoy hecha mierda. Bebiste más que yo — dije mientras le daba un sorbo al café.

—Estoy más acostumbrado — dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y los demás? ¿Siguen dormidos?

—Ya me gustaría — dijo una voz detrás de mí y giré la cabeza para mirar a Lucía. Venía con una mano en la parte baja de la espalda y con la otra se masajeaba la cabeza —. Podíais hablar más bajito, ¿no? — se sentó en la silla que estaba frente a mí y me quitó el café — ¿No puedes echarle más azúcar, no? — preguntó irónica mientras se lo tomaba. Lo bueno de Lucía es que, incluso recién levantada y con ojeras, parecía preciosa, una diosa.

La miré con las cejas enarcadas, puesto que me había quitado mi café. Jordi se rio y se levantó a prepararme otro.



—No sabéis beber — dijo él de nuevo a la vez que volvía a tomar asiento.

—¿Dónde está la parejita? — preguntó mi amiga.

—No se han levantado aún — respondió Jordi sabiendo que Lucía se refería a Álex y a Carmen.

Fue nombrarlos y aparecieron los dos en la cocina.

—Roncas — decía ella.

—Y tú no paras de moverte, ¿con qué sueñas para no dejar de dar vueltas en la cama? Me has dado cada cabezazo y cada codazo que voy a tener que tomarme dos Ibuprofenos.

—Sueña con ver cómo se cae por un barranco, que es lo próximo que hará si vuelvo a dormir en un sofá — dijo Lucía enfadada.

—Haber venido con nosotros — dijo Álex, bromeando, y se llevó un cate por parte de Carmen —. Solo bromeaba. Te prepararé algo mejor para esta noche.

—Más te vale, porque me da igual cómo lo hagáis, pero que duermo en una cama hoy, lo hago. Este cuerpo no se puede permitir dormir en cualquier sitio — dijo presumiendo de su figura mientras giraba sobre sí misma como si fuera una quinceañera.

Terminaron todos de sentarse y desayunamos planeando qué haríamos ese día. Los chicos propusieron ir a comprar para hacer una paella, pero nosotras nos negamos a salir, así que al final decidieron ir los dos a comprar lo que hacía falta mientras las tres vagueábamos en el sofá. Al final acabamos quedándonos dormidas de nuevo y nos despertamos cuando llegaron.

Guardamos la compra y ellos se pusieron a cocinar mientras nosotras preparábamos un picoteo para todos. La resaca ya había amainado y estábamos todos riendo, preparados ya para el próximo desfase.

La comida fue divertida. En todo momento bromeábamos, sobre todo riéndonos con las cosas de Lucía, que no paraba de repetir que no volvería a dormir más en el sofá, aunque eso significase dormir en cualquiera de las dos camas con cualquiera de las dos parejas. Lucía, ahí donde la veías de moderna y de lanzada, era bastante tradicional y los tríos le parecían una perversión de enfermos.

Yo me moría de la risa con la cara de Carmen cuando Álex animaba a Lucía a dormir con ellos dos. Sabíamos que estaba de broma, pero mi amiga parecía haber sacado una vena celosa que ninguna conocíamos. Creo que hasta a ella le asombraba. Cualquiera habría querido hacer un trío con Lucía, porque debo reconocer que la tía estaba tremenda.

Después de comer y recoger la cocina, nos sentamos en los sofás y vimos varios documentales de esos que echan en la 2; uno de ballenas jorobadas y otro de mosquitos en el Amazonas.

Documentales ideales para sobar en pocos minutos. De hecho, acabé medio dormida, apoyada en el hombro de Jordi y él tenía su brazo sobre mis hombros para mantenerme pegada a él.

Por la tarde decidimos irnos a dar un paseo y cenar fuera. Nos arreglamos casi de gala. Jordi me miró de arriba a abajo, comiéndome con la mirada. Estaba preciosa, lo sé. Y me había vestido precisamente para que me comiera con los ojos. Era otra forma de provocarlo. Había elegido un traje de lycra negro, con toda la espalda al descubierto, con unos tacones altos y me dejé el pelo suelto, un poco ondulado en las puntas. Parecía una modelo de pasarela. Me había propuesto esa noche dejar a Lucía a la altura del betún.

—Estás espectacular — dijo después de darme el repaso con la mirada.



—Tú también — le dije cuando lo vi con ese traje chaqueta marengo que tan bien le sentaba.

—Sí, estamos todos muy bien — saltó Lucía, irónica, cuando Álex también piropeó a Carmen y a ella nadie le dijo nada.

—Oh, vamos, deja los celos. Estás buenísima pongas lo que te pongas. Deben flipar los profesores y tus alumnos cada vez que te ven— le riñó Carmen.

—No son celos — dijo ella enfurruñada —. Es más, seré yo la que ligue esta noche. Veréis lo que voy a disfrutar estando soltera.

—Todas estamos solteras. Y, si no ligas tú, apaga y vámonos — le recordé.

— ¡Aha...! Ya lo veo — sonrió falsamente. Me guiñó un ojo, cogió su bolso y abrió la puerta de la entrada.

Me acerqué a ella y le di un abrazo por detrás y un beso, y Carmen hizo lo mismo. Al final acabamos las tres riendo. Éramos felices y nunca nos enfadábamos.

Nos dividimos en los dos coches. Lucía venía con Jordi y conmigo en el mío. Jordi me quitó las llaves del coche diciendo que conducía él y así no nos perderíamos. Puse los ojos en blanco y nos montamos en el coche. Me sentó un poco mal, pero es cierto que no le faltaba razón, porque casi nos cagamos por la pata abajo cuando nos vimos completamente solas en el descampado. ¡Madre de Dios! ¡Qué miedo pasamos!

Llegamos al restaurante y entramos. La recepción era espectacular y algo extraña porque vimos que el personal estaba disfrazado. Yo nunca había visto una cosa así en toda mi vida. Pero es cierto que Jordi y Álex conocían muchos restaurantes y discotecas.

—¿Va vestido de Darth Vader? — pregunté muerta de la risa.

—¿No íbamos a cenar, Álex? ¿O adónde demonios nos has traído? — preguntó Lucía mientras se acercaba a mí y me agarraba del brazo.

Un hombre, vestido de negro como el malo de Star Wars, nos recibió en la recepción. Yo estaba asustada, aunque aquel momento me parecía muy divertido.

—Tenemos una reserva —Álex se adelantó para hablar con él, sin soltarle la mano a Carmen, por más que ella intentara quedarse por detrás.

—Por aquí, por favor — dijo el hombre al cabo de unos minutos, muy educado, mientras se abrían las puertas de un ascensor.

—No pienso entrar — Carmen negaba con la cabeza y al final tuvimos que meterla casi a la fuerza.

Las puertas del ascensor se cerraron y empezó a bajar, como si fuésemos hacia un sótano. Segundos después, se abrió, salimos y vimos un gran restaurante, con todas las paredes llenas de pantallas y las mesas llenas de gente. Sin duda, estábamos en la taberna de La Guerra de las Galaxias, madre mía, qué desfase. Nos acompañaron hasta la mesa que teníamos reservada y pedimos una botella de vino que nos había recomendado el camarero.

—Es un restaurante temático —  
empezó a explicar Álex —. Es muy  
difícil poder comer aquí sin reserva y  
la lista de espera es larga, pero soy  
amigo del dueño y no podíamos  
perder la oportunidad. Yo soy un  
fanático de las películas de Star Wars.  
Jordi me dice que esto son cosas de  
friki, pero a mí me da igual lo que  
diga.

—La verdad es que es espectacular —  
dijo Jordi a la vez que miraba  
alrededor, alucinado, como todos los  
demás, con la decoración futurista.

Todos los objetos eran más grandes y pesados y el lugar tenía un halo de misterio.

El camarero, que iba vestido a juego con la temática del restaurante, nos trajo la botella de vino y Jordi nos sirvió una copa a cada uno.

—No suelo venir mucho, pero cuando tengo amigos en casa, siempre los traigo aquí — siguió diciendo Álex.

—No lo conocía — le dijo Jordi —, pero me encanta el lugar. Tendremos que venir más veces.



—Primero probemos cómo es la comida. Porque imagino, y espero — habló Carmen —, que, después de los enormes platos que tenemos delante, no habrá el típico menú con estrellas Michelin que te comes de un bocado.

—Y cuestan el ojo de una cara — la ayudé.

—No os preocupéis por eso. Yo invito — dijo Álex.

—No, hermano, lo hago yo — le cortó Jordi.

Y los dos se enfrascaron en la típica conversación de machitos para ver quién pagaría la cuenta. Al final decidieron hacerlo a medias.

La comida estaba deliciosa, pero las cantidades eran exageradas. Había comida allí para alimentar a todo el ejército de la Estrella de la Muerte.

Íbamos a pedir otra botella de vino cuando en todas las pantallas de plasma que decoraban las paredes apareció la imagen de un presentador de telediario hablando sobre el secuestro de una mujer.

En ese momento, escuchamos unos gritos y cómo varias personas, con capuchas, empezaban a moverse por entre las mesas.

Mis amigas y yo gritamos, presas del pánico. Me agarré a Jordi todo lo fuerte que pude. No sabía qué estaba pasando. Estaba aterrada y comencé a chillar.

Aquellas personas iban cargadas con armas de fuego y estábamos todos asustados. Yo creo que perdimos hasta el color de la cara. Pálidas, no sabíamos cómo actuar.

Uno de los “secuestradores” se acercó a mí y comenzó a jalar de mi brazo. Yo chillaba e intentaba agarrarme a Jordi mientras él me sujetaba con fuerza y decía que ni de coña me llevarían a mí.

Estaba más que asustada. Las luces se apagaron varias veces hasta que, de pronto, todo se encendió y los actores comenzaron a aplaudir.

Se me quedó una cara de idiota impresionante.

—No me lo puedo creer — dije con una mano en el pecho. Jordi asesinaba a Álex con la mirada, pero aquel estaba muerto de la risa, obvio que se riera conociendo de quién se trataba.

—No habría tenido gracia si os lo hubiera contado — se defendió entre risas.

—No, pero tampoco la tendría si nos hubiera dado un infarto — dijo Carmen, enfadada.

—No es para tanto. Es que sois muy asustadizas —siguió diciendo él y se llevó un cate por parte de Carmen.

—Oh, Dios, creía que iba a morir — gimió Lucía respirando todavía muy nerviosa.

—Ah, no, eso de nuevo no — se quejó Carmen al ver que nuestra amiga se ponía en plan “víctima de asesinato”, como cuando el día anterior nos perdimos en el descampado.

Cuando todo el restaurante respiró ya con normalidad, nos entró a todos un ataque de risa. Pedimos la botella de vino y terminamos de comer entre bromas. La tensión por el espectáculo se había pasado y volvíamos a estar relajados. Los chistes picantes y algunas anécdotas de nuestra vida formaron parte de las conversaciones que mantuvimos.

Salimos del restaurante un poco bebidos y decidimos ir a un pub que había cerca y que Álex nos dijo que era bastante tranquilo. Allí podíamos bailar o estar sentados en los reservados, dependiendo de lo que nos apeteciera.

Mis amigas y yo desfasamos, pues los mojitos volaban uno detrás de otro y teníamos una borrachera ya impresionante.

—Ni uno más — dijo Jordi mientras me quitaba el último mojito de las manos, así que no me dejó ni probarlo.

—Estoy bien — le dije arrastrando las palabras.

—No — fue lo único que dijo y me retó con la mirada a llevarle la contraria.

—Eres un mandón — lo miré malamente.

—Y más que lo seré. Dije no y es no.

—Pero...

—No, Erika, no bebes más.



—Oh, está bien — me di la vuelta y me acerqué a la pista de baile con mis amigas, estaban bailando con Álex y me uní a ellos.

Bailamos por horas, disfrutando de la música. No me gustaban esas actitudes que tenía Jordi conmigo, como si quisiera cambiarme, como si quisiera controlar mi vida en los momentos que mejor me lo estaba pasando. Jordi acabó acercándose a mí y me agarró por detrás, pegando su torso a mi espalda y moviéndonos los dos al ritmo de la música que sonaba en aquel instante. Era un tema de David Guetta que volvía loco todo el mundo. Entramos en trance.

Me di la vuelta entre sus brazos. Le puse las manos alrededor del cuello y lo miré a los ojos. Me besó mientras nos movíamos al compás de la música, pero siempre manteniendo las distancias.

Era todo un caballero, aunque yo sabía que algo había en él. Tenía un punto posesivo o celoso, no sabía muy bien de qué se trataba. No sabía cómo juzgar aquel tipo de actuaciones. No sé si eran las acciones típicas de un machista o de un maníaco. Pero aún así, sus muestras de cariño hacia mí eran demasiado caballerosas aunque me desconcertaba con su otra faceta.

Intenté besarlo más profundamente pero él no se dejó. Se mantuvo dándome pequeños besos en los labios, casi como si fuésemos amigos. Creo que estaba devolviéndome los ataques que yo le hice la noche anterior. Creo que era una forma de provocarme una y otra vez, pero yo no me enfadé.

La noche pasó rápidamente y, agotados, decidimos volver a casa.

Los coches no estaban muy lejos, pero teníamos una gran borrachera. Mis amigas y yo acabamos quitándonos los tacones y andando descalzas, pues nos dolían demasiado los pies.

Por el camino, vimos a varios chicos vendiendo de todo, desde Cd's, pañuelos... hasta pulseras de cuero.

La hora que era y ellos seguían vendiendo, increíble, claro que había gente por la calle pese a ser de madrugada. Me entristecía ver a todos aquellos inmigrantes vendiendo a esas horas. Pensaba en sus familias y en la vida que les había tocado vivir por desgracia.

Lucía se acercó, corriendo, al puesto de accesorios de cuero y fuimos tras ella.

—Te doy 5 euros — le estaba diciendo al chico.

—Pero vale 10 euros — decía el chico de color, sin dejarla negociar.

—10 euros es muy caro, si solo es una pulsera — seguía ella.

—Pero es lo que vale, 10 euros — él no daba su brazo a torcer.

—Está bien — intercedió Jordi, sacando su cartera —, elige la que quieras — le dijo a Lucía para regalársela —. Y vosotras también — nos señaló a Carmen y a mí.

—Ah, no — mi amiga le hizo señas para que guardarse la cartera —, que 10 euros es muy caro.

—No lo es, Lucía, mira las pulseras, lo valen — le dije, intentando irnos pronto de allí. Quería llegar a casa. Me dolía todo el cuerpo. Pensaba que estaba más acostumbrada a esta clase de salidas, pero me di cuenta de que estaba desentrenada. Mis amigas parecían aguantar mejor.

Carmen y yo miramos algo para elegir. Al final ambas nos decantamos por la misma pulsera que Lucía.

—Venga, Lucía, no tenemos toda la noche — le dije.

—Cuando nos deje las 3 a 12 euros — dijo ella, cambiando el precio de nuevo.

El chico salió de detrás de la mesa que le servía de puesto y se puso frente a mi amiga.

—3 a cinco euros son 15, no doce — frunció el ceño.

—Ah, ves, valen 5 euros cada una, no 10 — rio ella muy satisfecha.

—No engañar. Son 30 euros.

—30 palos es lo que te voy a dar a ti  
— volvió a enfadarse.

—Lucía, quiero irme — le dijo  
Carmen.

Pero Lucía no nos escuchaba. Estaba enfrascada en medio de una disputa, porque una cosa es negociar o regatear y otra cosa es estafar y claramente aquel chico se sentía estafado. Jordi y yo nos acercamos a Álex y Carmen, pensando en cómo llevárnosla de allí.



Cuando volvimos a mirar, nos quedamos los cuatro con las bocas abiertas.

—¿Se están enrollando? — preguntó Carmen, asombrada.

Comencé a reír, no podía parar.

Jordi resopló, se acercó a mi amiga y la cogió en peso por la cintura, separándola del chico.

Le costó trabajo, ella quería seguir con el beso. Claramente esta tía había perdido los papeles y el cuerpo le pedía guerra. ¡Vaya si se la pedía! El chico tampoco perdió el tiempo. Nunca se iba a ver en otra como esa, aguantando todo el día a clientes pesados y vigilando que la policía no los atrapara, de repente llega una tía como Lucía y se pone a comerle los morros.

—No me lo puedo creer — decía Carmen, entre risas, una y otra vez.

—Dejadme con mi negro — protestaba Lucía, como si estuviese poseída por el mismo demonio.

Llegamos al coche sin que ella hubiese dejado de quejarse todo el camino.

La montamos a la fuerza. Ella solo quería irse con su negro.

Llegamos a la casa y, enfadada, se acostó en el sofá, así que la dejamos allí y nos fuimos cada uno a nuestra habitación. De nuevo, Lucía se quedaba en el sofá. Obsesionada con aquel chico, seguía diciendo cosas sin sentido hasta que se quedó completamente dormida. A mí me gustaba mucho Lucía porque tenía esa clase de puntazos. Por la noche se transformaba como una vampiresa. Parecía que la habían sacado de la película Crepúsculo.

Me quité el vestido y caí rendida en la cama. Jordi se acostó, me dio un beso en los labios y me abrazó. De nuevo sentí el aroma que tanto me gustaba de él, ese aroma que hacía que me sintiera protegida, lejos de cualquier miedo.

—Te deseo — le dije antes de cerrar los ojos. Estaba borracha pero estaba deseando que me tocara íntimamente.

—Duerme, Erika — dijo dulcemente.

Suspiré, me apreté más a él y me dispuse a dormir. Afuera la noche volvía a temblar con sus estrellas y los árboles parecían susurrar alguna canción gracias al viento que empezaba a soplar en la madrugada.

Estaba visto que ese hombre no iba a ponerme un dedo encima, al menos no de la manera que yo quería.

## Capítulo 7

Me desperté temprano y la cabeza me iba a estallar. Jordi, esta vez, seguía dormido en la cama. Me levanté sin hacer ruido. Me puse ropa cómoda y me preparé un café. Me lo tomé sola en la cocina. Todo estaba en silencio y yo aproveché para relajarme e intentar que el dolor de cabeza fuese a menos.

Me asomé al salón antes de volver a la cama para dormir un poco más y me extrañó no ver a Lucía en el sofá. Me acerqué al otro dormitorio y abrí un poco la puerta para mirar dentro, porque en el baño tampoco estaba. Me aguanté la carcajada cuando la vi acostada con Álex y Carmen. Había cumplido su amenaza, seguramente se metió en la cama de ellos sin que se diesen ni cuenta.

Entré en el cuarto que compartía con Jordi y cerré la puerta lentamente.

—¿Dónde estabas? - preguntó él con seriedad.

Me giré asustada cuando habló.

—Fui por un café y una pastilla.

—Si me hubieras despertado, te lo habría traído.

—No hace falta — le sonreí.

Me acerqué a la cama. Quería acostarme de nuevo y volverme a dormir. Seguro que la pastilla, con un poco más de descanso, me quitaba los efectos de la resaca.

—Desnúdate, Erika.



Lo miré extrañada, ni siquiera me había dado tiempo a tumbarme.

—Puedo dormir así — le dije pensando en que de todas formas no iba a ponerme un dedo encima.

—¿Tengo que repetírtelo? Desnúdate — se acomodó un poco más arriba, sin quitarme los ojos de encima.

Empecé a quitarme la ropa, nerviosa. Ese tono no era propio de él. Como Jordi nunca dejaba de sorprenderme, pensé que se trataba de otra de sus bromas y provocaciones.

Me quedé en ropa interior y lo vi negar con la cabeza.

—¿Qué significa ese no? — pregunté.

—Te quiero desnuda.

—¿Quieres decir que...? — un calor empezó a extenderse por todo mi cuerpo. ¿Por fin iba a tocarme? Me excité rápidamente, rogando porque así fuese.

Sin demostrar ni un atisbo de vergüenza, me quité la ropa interior y me quedé desnuda. Me miró cada parte de mi cuerpo, pero tampoco se movió y estaba comenzando a ponerme nerviosa. No estaba entendiendo aquella clase de juego.

—No, quédate ahí — me ordenó cuando hice el intento de tumbarme en la cama.

Se levantó y pude admirar todo su cuerpo. La noche anterior no lo había visto quitarse la ropa, solo noté que se acostó en bóxers al abrazarme a él.

Tenía un cuerpo perfecto. Se notaba que se cuidaba y yo me estaba deshaciendo, esperando que me tocara por fin. Era el momento que yo estaba esperando ansiosa.

Se puso detrás de mí y colocó las manos en mis caderas. Temblé de los nervios al sentirlo. Estaba muy excitada. Quería que siguiera, que no parara. Quería sentirlo dentro.

Me acarició el vientre y se pegó por completo a mí.

—Jordi... — gemí.

—Estaba deseando tocarte — dijo en mi oído y me besó el cuello.

Me apreté contra él, demasiado excitada para preliminares.

Subió sus manos hasta mis pechos y los cogió con las dos manos. Apretó y acarició mis pezones sin dejar de besar mi cuello. Yo estaba deseosa de darme la vuelta y que poder besarlo, intenté hacerlo pero él no me dejó.

Bajó una mano hasta acariciar mi sexo y apreté los labios para no hacer ruido, pero la sensación, con las ganas que tenía de él, era bastante intensa.

Siguió acariciándome y besándome, y yo no podía parar de mover las caderas, pidiéndole más, pero sus dedos no entraban dentro de mí.

—Jordi, por favor...

Me puso una mano en los hombros y me obligó a doblarme sobre mi cintura. Escuché cómo cogía el preservativo y lo abría.

¿Así?, pensé, ¿así va a ser nuestra primera vez?

Obtuve la respuesta cuando me penetró directamente. Me agarré a las sábanas con fuerza, temiendo perder el equilibrio. No me había dolido, pero la sorpresa me la había llevado.

Comenzó a moverse con rapidez.

Mantenia mis caderas agarradas y los gemidos de los dos eran lo único que se escuchaba en aquella habitación.

Agarré las sábanas aún con más fuerzas cuando un repentino orgasmo me llegó. Notaba cómo me temblaba todo y Jordi se paró en seco. Salió de mí y yo aproveché para tumbarme boca arriba. Lo miré y lo vi mirándome a su vez.

—Acabamos de empezar — me dijo sonando a advertencia.

Se puso encima de mí, abrí las piernas para que se acomodara y volvió a entrar en mí. Era eso lo que tanto deseaba, lo que me había arrastrado hasta él. Y de nuevo sentí su perfume, su aroma a hombre que sabe amar, que sabe causar el placer desde lo imprevisible.

Aquellas primeras palabras ordenándome que me desnudara me excitaron de tal forma que en seguida sentí que estaba mojada. Nunca me había sucedido una cosa así.



Estaba alucinando con lo que hacía. Me encantaba que fuera brusco, pero no esperaba que él se comportase así en la cama. Me daba la sensación de que es como si una compuerta de hubiese abierto y saliese todo a presión, como si fuera la respuesta a haberse reprimido bastante tiempo.

Fuera lo que fuese, yo lo estaba disfrutando como nadie.

Lo agarré del cuello y bajé su cabeza, besándolo cuando nuestras bocas se rozaron.

Perdí la cuenta de mis orgasmos. Estaba casi desmayada cuando él se corrió y cayó encima de mí. Se quitó con rapidez y se tumbó a mi lado.

Yo era incapaz de decir nada. Solo esperaba recuperar la respiración. Así que me moví y me abracé a él. Me besó en la cabeza y cerré los ojos, sabiendo que en ese momento sobraban las palabras. Es cierto sobraban las palabras. No podía imaginar que un hombre fuera capaz de hacer una cosa así. Mi corazón latía deprisa, muy deprisa. Ni en mis mejores fantasías con Jordi había soñado con algo así. Y, pese a estar agotada, yo quería más, mucho más.

Me desperté un rato después y de nuevo estaba sola en la cama. Me levanté, me puse la ropa de antes y salí del dormitorio. Ya estaban todos en la cocina tomando un café.

—Pero es que estás loca, ¿qué demonios hacías en mi cama? — decía Carmen.

—¿Cuántas veces lo vas a preguntar? No iba a dormir otra vez en el sofá. Además a Álex y a ti os ha encantado dormir arrimados a este cuerpazo — suspiró Lucía.

— ¡Si es que estás loca! ¿Me estás diciendo que Álex me ha puesto los cuernos y que yo soy lesbiana?

— Yo no he dicho eso. Solamente he dicho que os ha gustado tenerme cerca.

Álex no paraba de reír. Los saludé con la mano a todos y me senté, mientras Jordi se levantaba para servirme un café.

—Os advertí que no volvería a dormir en el sofá.

—Oh, claro, y eso significa que tenías que dormir con nosotros, ¿verdad? — preguntó Carmen, enfadada.

—Es la primera habitación que abrí — Lucía se encogió de hombros, sin darle importancia al tema, como diciendo que le hubiese dado igual. Ella solo quería una cama.

Jordi me dio la taza de café y se sentó a mi lado. Hacía una mañana estupenda. Cantaban los pájaros entre los árboles, los mismos árboles que, por la noche, susurraban esa canción nocturna gracias al viento.

—Lucía... estás fatal. Llevas a Carmen loca. ¿No será que te gusta Álex a ti también? — reí.

— ¿Estás loca? Yo nunca le robó un novio a una amiga. Pero necesito una cama. Soy muy alta y, si duermo en un sofá, me levanto con la espalda molida. Además, la culpa es vuestra, no tenía que haber dormido sola — miró a Jordi —. ¡Yo quería dormir con mi negro! Quizá era el amor de mi vida.

Nos quedamos todos mirándola, sin palabras. Estaba tan enfadada con ese tema que era increíble. Lo único que pudimos hacer fue reírnos sin parar. Todos menos Lucía, que nos miraba dándonos a entender que jamás nos perdonaría eso.

Terminamos de desayunar y empezamos a hacer las maletas para marcharnos. Ya comeríamos cada uno en nuestras casas. Estábamos reventados y necesitábamos descansar, y relajarnos lo que quedaba de día. Mientras Lucía discutía con Carmen, yo no dejaba de pensar en el rato que había pasado con Jordi. Seguía excitada. Cada vez que lo miraba, recordaba cómo me penetraba, cómo sabía lo que más me gustaba, cómo fue capaz de llevarme a un orgasmo increíble enseguida.



Pero noté extraño a Jordi mientras yo seguía fantaseando. Casi ni me miraba ni se acercaba a mí, mucho menos para darme una muestra de cariño, pero no se lo tomé en cuenta. Quizás le dolía la cabeza también.

Nos repartimos en los coches, Lucía y Carmen iban con Álex y Jordi condujo el mío hasta mi casa. El viaje lo hicimos en silencio, pero de vez en cuando me tocaba la rodilla y me regalaba una sonrisa, y yo se la devolvía, devolviéndome la seguridad en mí misma.

Aparcó en la puerta de mi casa y me dijo que él se iba en taxi a la suya, que no me preocupase. Cogió mi cara entre sus manos y me dio un tierno beso en los labios. Aún recordaba la primera noche que me acompañó a casa y no me besó. Simplemente me acarició y me susurró aquellas palabras de amor y deseo en mi oído.

Ahora, en el mismo portal, había recibido un tierno beso que nos unía como pareja. Pese a que fue un beso tierno, no me podía quitar de la cabeza su manera de follarme y quería repetirlo cuanto antes. Pero es cierto que tampoco convenía forzar las cosas.

—Te veo mañana — me dijo mirándome a los ojos.

—Seguro — respondí y le di otro beso.

Entré en casa y lo primero que hice fue deshacer la maleta y poner la ropa sucia a lavar. Tomé un largo baño, porque necesitaba relajarme. No hay nada como un baño de agua caliente para descansar y dormir profundamente por la noche. Tras el baño, me puse ropa deportiva y me senté cómoda en el sofá, con mi tablet.

Pasé la tarde vagueando y, antes de dormir, cuando me acababa de acostar en la cama, recibí un mensaje de WhatsApp. Era Jordi.

*“No sabes lo especial que eres, Erika. Que pases buena noche, nos vemos mañana.”*

Le respondí rápidamente.

*“Tú sí que no sabes lo especial que eres para mí, Jordi. Creo que me estoy enamorando de ti.”*

En verdad sabía que ya me había enamorado de él como una idiota y sabía que esa no era la forma de decírselo, pero entre nosotros no es que todo fuera “normal”:

*“No me ames, Erika. Por favor, descansa.”*

Fui a responderle, pero vi que ya no salía en línea. Dejé el móvil y cerré los ojos, la última frase volvió a repetirse en mi mente.

No me ames...

Como si pudiera evitarlo ya, pensé. No quise darle demasiada importancia a esa frase. Supuse que era parte de algún verso de los que días atrás me había mandado y que tanto me había gustado. Sonreí, deseando que llegase el día siguiente para verlo.

# Capítulo 8

Me desperté más temprano de lo normal esa mañana. Cogí mi coche y me fui hacia la oficina pero, después de aparcar, no entré en ella. Era demasiado temprano así que me fui a tomar un café al bar de la esquina.

Recibí un WhatsApp en el grupo de las chicas. Lucía había puesto que lo del negro no nos lo iba a perdonar en la vida, que seguramente se había perdido el polvo del siglo por culpa de nosotros. Yo creo que Lucía bromeaba, pero la broma con el chico negro le iba a durar mucho. Carmen me contestó, yo simplemente puse "buenos días" y unos emoticonos de risa.



Estaba deseando ver a Jordi, seguramente al mediodía nos iríamos a comer juntos. Quién sabe si quizás acabaríamos en mi casa, repitiendo lo que tanto deseaba. Ojalá me pidiera otra vez que me desnudara. Lo haría encantada y me ofrecería a él, y él también se dejaría hacer todo lo que yo tenía pensado. Tenía que jugar también mis cartas. No solo iba a ser él el que mandara en cuanto a sexo se refería.

Vi de lejos cómo abría la oficina. Me dieron ganas de llamarlo pero ya sabía que era la hora y tenía que pagar el café e irme a currar. Parecía mentira que ayer estuviésemos amándonos apasionadamente, follando como locos y ahora volvía a la rutina de todos los días. Menos mal que estaba él allí conmigo, cerca de mí.

Al entrar en la sucursal, pude ver que estaba en su despacho y llamé a su puerta, y, al abrir, le di los buenos días en bajito.

—Buenos días, Erika — dijo con tono triste.

—¿Te pasa algo? — pregunté desde la puerta.

—Nada por lo que debas preocuparte. Me duele un poco la cabeza y necesito estar relajado. No te lo tomes a mal, pero me gustaría estar solo. Tengo mucho trabajo acumulado.

—Entendido, que tengas una buena mañana.

—Igualmente.

Me fui hacia mi mesa con un dolor en el pecho impresionante ya que me habían echado un jarro de agua fría por encima. Se había comportado de lo más indiferente, como si nada hubiese pasado entre nosotros. Estaba raro, muy raro, pero no era el lugar ni el momento para poderme permitir el lujo de pedirle explicaciones. ¿Qué había pasado? ¿por qué Jordi tenía esa clase de actuaciones que tanto me incomodaban? No sé a qué jugaba a veces.

A las 10 de la mañana, cogí mi bolso y me fui a desayunar en uno de esos momentos que vi que estaba fuera de su despacho. Jordi podía ver claramente que me iba. Quería comprobar si iría a buscarme para desayunar conmigo. No me podía creer lo que me estaba sucediendo. Estaba pasando de mi cara. Parecía que yo no existiera a su lado. Tenía miedo, dudas y ganas de llorar.

Un poco después vi cómo aparecía mi compañero. Se sentó a mi lado y pidió el desayuno.

—Qué estúpido está hoy Jordi. Se le estarán subiendo los humos...

—No me di cuenta. Tendrá un mal día. Todos tenemos días malos y a veces lo pagamos con quien tenemos al lado — dije intentando justificar lo que era evidente para todos.

—Tengo un cotilleo que contarte sobre él — dijo muerto de risa por la información que había obtenido.

—¿De qué te enteraste? — pregunté intrigada.

—A Jordi le pasó una putada bien grande, pero debes prometerme que no se lo vas a contar a nadie. Resulta que hace 4 años su mujer desapareció y él pidió seis meses de asuntos propios para encargarse de investigar sobre su paradero. Al final tuvo que tirar la toalla y estuvo incluso con apoyo psicológico mucho tiempo. Se dice que ella misma provocó su desaparición queriendo quitárselo de encima - dijo mi compañero de trabajo dándole un tono de suspense a cada una de sus palabras.

No podía creer lo que estaba escuchando. Jordi no me había hablado sobre ello. No me lo podía creer. ¿Cómo se había guardado una cosa así? ¿Cuándo pensaba contármelo? Empecé a sentirme mal al saber que me había engañado en muchos aspectos importantes de su vida.

—¿Y cómo te enteraste?



—Verás, el fin de semana comí con un compañero de una sucursal de Barcelona en la que estuve hace mucho tiempo. Le comenté que había cambiado de director y que el nuevo era un tal Jordi. Se echó las manos a la cabeza y me dijo que era compañero suyo hasta hace poco. Por eso, me contó la historia. Me habló muy bien sobre él, pero me contó que estaba muy tocado y que su vida personal era un continuo naufragio. El pobre no sabe qué rumbo tomar.

—¡Vaya putada! — exclamé aunque estaba muriéndome de dolor por lo que me había acabado de enterar.

—Pues imagínate que a ella nunca se la ha encontrado, así que no se puede divorciar. Tampoco es viudo y no puede hacer nada ya que está aún en el tiempo en el que a su mujer no se le ha declarado por desaparecida total. O sea, una faena muy gorda porque tú me dirás qué se puede hacer en esta situación. No tiene ninguna capacidad de maniobra. Debe ser difícil no saber dónde está tu mujer, ni qué le pasó.

—Sí que debe ser duro. Es difícil no poder cerrar un capítulo de tu vida y tener que vivir aferrado a ello — decía mientras maldecía el hecho de que no me hubiese contado nada y me hubiese ocultado algo tan importante en su vida.

—Quizás, por eso, tenía esos cambios de humor. Debe tener los ánimos revolucionados constantemente.

—Puede ser — dije mientras maldecía todo lo que en esos momentos me estaba pasando.

Un rato después volvimos a entrar en la sucursal y vimos como Jordi aprovechaba para salir a tomar un café. Parecía que me estuviese evitando. Aquello me sentó como una patada en el estómago y me dieron ganas de volver tras él y pedirle explicaciones de todo lo que estaba pasando. Tenía la sensación de que se había aprovechado de mí. Había logrado follarme y con eso ya estaba todo hecho. Me sentía como un trofeo de caza. Por muy mal que lo estuviera pasando, no tenía ningún derecho a utilizarme de esa forma. Estaba hundida y avergonzada de mí misma.

Cinco minutos después de estar sentada en mi sillón, revisando varios expedientes, cogí y me salí hacia fuera a buscarlo. No podía quedarme ahí, impasible con lo que estaba sucediendo.

Lo vi sentado en la terraza de la cafetería, leyendo un periódico y me fui directa hacia él, y me senté ante su mirada de asombro.

—Jordi, dime qué te pasa. No es normal que de ayer a hoy hayas cambiado tanto - el tono de mis palabras era enérgico y lo que estaba haciendo era defender mi dignidad.

—No es momento para hablar, Erika, no me apetece...

—¿Te piensas que vas a hacer conmigo lo que te dé la gana y tratarme bien para luego hacerlo con indiferencia? Ni te pienses que te lo voy a permitir.

—Creo que estás sacando todo de quicio, simplemente que no tengo ganas de hablar con nadie.

—Me parece perfecto. Quizás te apetezca comerte solo la desaparición de tu mujer y no contárselo a nadie — dije mientras me levantaba para irme.

—No vuelvas a hablar de lo que no sabes — dijo agarrándome fuertemente del brazo.

Le quité la mano de un jalón.

—No hagas con los demás lo que no quieres que hagan contigo, eres muy justo, pero ahí te quedas. Me siento utilizada y ninguneada. Yo no soy un juguete.

Volví a la oficina sin poderme quitar de la mente los ojos de dolor y rabia con los que la había mirado al decirle la última frase, tenía ganas de llorar pero tenía que dar el callo y hacer mi jornada laboral antes de salir pitando de ese lugar que tanto me estaba ahogando.

Un rato después estaba entrando él, con la cabeza agachada y directo hacia su despacho, no miro a nadie, entró tan rápidamente que parecía que su alma se lo llevaba el diablo.



Cuando terminamos la jornada laboral me fui directa hacia el coche y no fue capaz ni decirme adiós. Me fui muy triste hacia mi casa, pensando que todo lo que había sucedido entre nosotros había acabado de irse a la mierda. Me había equivocado. Jordi era otro de esos hombres que al final acaban defraudándote. Es así de triste, pero era cierto que aquel hombre, al que yo había empezado amar con todo mi corazón, era otro farsante como mis anteriores parejas.

Esa tarde me la pasé en el sofá tirada, sin fuerzas. No tenía ganas ni de comer, ni de moverme. Solamente tenía ganas de llorar, de escapar a algún sitio donde nadie pudiera encontrarme. Ni siquiera mis amigas de toda la vida. Aún así, no aparté ni un solo momento de mi lado el móvil. Estaba deseando que sonara un mensaje que viniera de él o una llamada, pero pasó la tarde y la noche, y no ocurrió nada de eso, hasta que quede dormida rota de dolor y desolada.

Amanecí en el sofá. Me vestí y me fui para la oficina sin ganas de nada. No sabía si verlo me iba a causar mucho más dolor, pero en el fondo lo estaba deseando, porque pensaba que todo podía cambiar, que lo que había sucedido el día anterior era fruto de un mal sueño. Cuando entré por las puertas, él ya estaba dentro y me miró, y me dio los buenos días muy secamente. Casi ni me miró a los ojos y eso hizo que me causara más dolor aún.

A las 10, me fui directa a tomar un café. Estaba deseando salir de la oficina y fumarme un cigarro. Parecía un total desconocido, parecía un extraño al que había acabado de conocer. Pensé por un momento que se había enterado de alguna noticia sobre la desaparición de su mujer y que eso lo tenía completamente trastornado.

Me enseñó un cigarro mientras esperaba que me trajesen el café. Miré hacia la oficina y vi cómo salía Jordi y tomaba otra dirección. Era todo tan extraño que mi cabeza parecía que iba a explotar. Sentía que estaba asfixiada.

Minutos después, volvió a aparecer mi compañero y empezó a contarme que Jordi estaba como ausente, que se le notaba muy agobiado y que apenas intercambiaba palabras con nadie, ¡ como si yo no me hubiese dado cuenta!

Toda la mañana me la pasé con un malestar impresionante. Cuando salí de allí, me fui directo a un centro comercial a comer y a dar una vuelta por las tiendas ya que no quería meterme en mi casa. Tampoco me apetecía llamar a las chicas. Necesitaba estar sola y aclarar mis pensamientos. Sabía que, si lo hacía, iba a terminar más agobiada de lo que estaba y reboleada en el sofá toda la tarde, así que decidí sacar fuerzas de donde no las tenías y me fui de tiendeo.

Apenas mordí un trozo de kebab que me había comprado para forzarme a comer. Luego fui a arreglarme las uñas de gel antes de empezar a meterme por todas las tiendas de ropa que había en el centro comercial. La verdad es que no hay nada mejor que irse de compras para olvidarse de los problemas. Terminé cargada de ropa y marchando a mi casa para ducharme, cenar algo y acostarme.

Fue entrar por las puertas y el mundo se me cayó encima. Me había sentido tan llena días atrás que ahora parecía que nada tenía sentido en mi vida. Podía llamar a mis padres y confesarles lo que me había pasado, pero lo único que iba a conseguir era preocuparles. Con lo feliz que estábamos juntos no hace muchos días.

Después de ducharme, cogí una manzana y me fui al sofá donde caí rendida hasta el día siguiente.



Por la mañana, me desperté y me preparé un café, y ya que era temprano aún, miré el móvil. Seguía sin noticias de Jordi y eso me hizo ponerme a llorar a pesar de que en un rato volvería a verlo en la sucursal.

Me costó mucho trabajo hasta decidirme. No tenía ganas de nada. Jamás había sentido esa depresión en mi cuerpo. Todo lo veía negro, solo soñaba con que él viniese a buscarme y volver a estar como antes. Pero era momento de no creer más en los príncipes azules. Tenía que despertar de una vez y asumir que los hombres perfectos no existen.

Llegué a la oficina y me enteré de que ese día no trabajaría Jordi. Había mandado un correo avisando que se había cogido el día de asuntos propios. Eso hizo que terminase de hundirme más. Para bien o para mal, tenía que convivir con una persona a la que me amaba, pero que me había decepcionado. Solamente esperaba que el tiempo curara mis heridas o que a Jordi o a mí nos trasladasen a otra sucursal.

La mañana fue un desastre. Estaba loca por que terminase y salir de allí inmediatamente. Ese día decidí ir a casa de mi madre a comer.

Mi madre me recibió muy feliz y me echó en cara que me encontraba más delgada. Debía ser a causa de esos últimos días que no había comido apenas nada. Sin embargo, mi padre como siempre se tiró todo un buen rato piropeándome.

La verdad es que ayer me sentía mejor. Estaba rodeada de personas que me querían con toda su alma y sobre todo que me lo habían demostrado a lo largo de toda mi vida. Eran los mejores padres del mundo. Estaba muy feliz de verme con mi nuevo coche que ellos me habían regalado. Se le notaba lo orgullosos que estaban de su hija. Pobres, si se enteraban de que en estos momentos me encontraba sufriendo por amor.

Aproveché y me quedé hasta después de la cena. Al menos allí no me veía sola y estaba más distraída charlando con ellos, así que decidí salir de allí vienes tarde solo para irme a dormir.

El jueves se pasó volando. Apenas me miró a la cara. No tuvo ni un gesto de confianza conmigo. Se había convertido en todo un extraño, menos mal que ese día estuvo muy concurrida la oficina y se me pasó el tiempo muy deprisa al igual que el resto del día, que me fui a acompañar a mi madre a buscar un regalo para su mejor amiga, que celebraba su cumpleaños.

Por fin era viernes. Estaba deseando poder descansar el fin de semana, a pesar de saber que no lo vería, pero, por un lado, creo que eso me haría menos daño, así que fui despedida al acabar lo antes posible en la última mañana de mi jornada laboral de esa semana.

Llegué un rato antes y me fui a la cafetería de enfrente a tomarme un café y casualmente Jordi estaba allí charlando con mi compañero de trabajo en la barra. Mi compi me ofreció que me acercara y le dije que mejor me sentaba fuera a tomar un café para fumar un cigarro. Jordi ni gesticuló, parecía que todo eso no fuera con él.

Me salí maldiciendo el día que me enteré de que él era el directivo de aquella oficina. Eso jugaba en mi contra. La indiferencia que había entre nosotros después de los momentos tan bonitos vividos era un puñal que teníamos que aguantar diariamente al vernos frente a frente.

A la hora del desayuno le hice señas a mi compi para irnos los dos juntos. Sabía que había estado tomando un café a primera hora con Jordi y me interesaba saber de lo que habían hablado. Además conociendo lo cotilla que era no tardaría en hablar.

No me había dado tiempo ni a fumarme el cigarro cuando ya me estaba diciendo que Jordi tenía dos plumillazos dados.

—¿Por qué dices eso?

—Esta mañana hablando con él parecía que lo hacía con una persona ida, como si no estuviese escuchándome, como si estuviese en otro mundo.

—Puede que le esté sucediendo algo que lo tenga así estos días - dije yo intentando relajar la situación.



—Yo pienso que lo de la mujer le ha dejado tocado, que habrá días que sin querer pierde el control de la situación y se entristece por todo ello.

—Pues ya está. Ahí lo tienes.

—Pero no estaba bien. Había una parte que como te decía estaba ido. Era igual que estar hablando con una pared, respondió por responder como diciendo que estaba ahí, pero no tenían sentido ninguna de sus contestaciones.

Empecé a comerme el tarro por lo que me había contado. Entré en la oficina y me crucé con él, que me miró como si quisiera decirme algo, pero rápidamente evitó la mirada y siguió hacia su despacho.

Era evidente que yo no tenía sentido para él, que era un ser invisible o insignificante. Quizás quería sacarme de su vida y no sabía cómo hacerlo, pero yo ya no podía hacer más nada, solamente resignarme a que todo había cambiado y ya nada sería como antes.

# Capítulo 9

Llegué a mi casa y preparé algo rápido de comer. Después de la semana que llevaba, de todo lo que había descubierto sobre Jordi y de cómo él se había comportado conmigo, unas lágrimas corrieron por mis mejillas y me las limpié con rabia. Hacía un día precioso, un día que podíamos haber aprovechado los dos juntos para salir y ahora me veía desolada, completamente frustrada.

Comí casi sin ganas. Tomé una ducha y me arreglé, decidida a irme a comprar y no pensar en nada. Pero nada salía según mis planes, pues acabé llegando a casa pronto, guardé la compra y me tiré en el sofá, como llevaba haciendo toda la semana.

Cogí el móvil y vi que tenía unos cuantos de mensajes de WhatsApp del grupo que tenía con mis amigas. Ellas me habían llamado varias veces, pero no les quise contar. Les dije que estaba muy liada y que ya hablaríamos. Se iban a quedar de piedra si alguna vez les contaba lo que me había sucedido. De Jordi seguía sin tener ni un simple mensaje.

¿Para qué?, pensé, lo ha dejado todo muy claro.

Decidí escribirles a mis amigas sin leer todo lo que habían escrito antes.

*Erika.*

*“Hola, chicas, ¿cómo va todo?”*

*Carmen.*

*“Hombre, hasta que apareces. ¿Dónde estabas?”*

*Erika.*

*“Salí a comprar.”*

*Lucía.*

*“Carmen se va de fin de semana con Álex, ¿hacemos tú y yo algo?”*

*Erika.*

*“Me apetece estar sola.”*

*Carmen.*

*“¿Pasa algo, Erika?”*

*Erika.*

*“No tengo ganas de hablar ahora.”*

*Lucía.*

*“Ah, no, me lo debéis porque por vuestra culpa me quedé sin tirarme a mi negro.”*

*Carmen.*

*“¿Qué tiene que ver lo del negro?”*

*Erika.*

*“Es una forma de chantaje.”*

Me reí. Era lo que tenían mis amigas, aunque estuviese triste, me sacaban una sonrisa. Y yo ya sabía que Lucía nos iba a restregar lo de su chico negro por la cara todas las veces que quisiera.

*Erika.*

*“Me he enterado de algo.”*

Las veía en línea, pero no escribían. Resoplé, sabía que estaban esperando que les contara todo.

*“Jordi está casado.”*



Así lo solté, sin anestesia y sin mucha explicación. El “¡¿Qué?!” de las dos me llegó a la vez, así que me dispuse a contarles todo. Seguramente no debía haber hecho tal cosa. No tenía ganas de volver a discutir sobre el asunto, a sufrir de nuevo contando todo lo que había sucedido entre nosotros. Pero a lo mejor me sentía aliviada al sacar toda esa tristeza que había dentro de mí.

*“Su mujer desapareció hace 4 años, nadie sabe dónde está, ni si está bien o no. Así que está casado, con su mujer desaparecida y...”*

No pude terminar de decirles.

*Carmen.*

*“¿Te lo ha dicho él?”*

*Erika.*

*“Sí y no. Pero no importa, lo sé y ya.”*

*Carmen.*

*“Ahora llamo a Álex y anulo nuestros planes.”*

*Lucía.*

*“Yo ya salgo para tu casa.”*

*Erika.*

*“No, por favor, necesito estar sola, de verdad. Estaré bien, pero si queréis ayudarme, dejadme relajarme y pensar en todo esto. Tengo que asimilarlo.”*

*Lucía.*

*“Prometo no molestar.”*

*Erika.*

*“Os lo agradezco, pero prefiero estar sola.”*

*Carmen.*

*“Está bien, pero nos mantienes informadas, ¿vale?”*

Me despedí de ellas, prometiéndolas tenerlas al tanto de todo o llamarlas si me agobiaba. Empecé a llorar, sobre todo de rabia, porque me había mentido en algo tan importante. La vida me estaba poniendo a prueba, seguro. Llevaba una semana horrible y el fin de semana no pintaba mejor.

En ese momento sonó el timbre, resoplé pensando que mi amiga había llevado a cabo su amenaza de venir a mi casa sin tener el cuenta que yo quería estar sola.

Me quedé de piedra cuando vi a Jordi en la puerta de mi casa.

—¿Qué haces aquí? — pregunté  
bordemente.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué? No tenemos nada que  
hablar ya.

—Erika, por favor, déjame explicarte.

—Jordi, no es momento — para mi  
horror, comencé a llorar sin poder  
evitarlo.

Jordi entró y cerró la puerta. Me abrazó mientras yo lloraba. Cuando me relajé, me separé de él y volví al sofá. Él me siguió y se sentó a mi lado, pero me moví hacia la esquina, queriendo poner distancia entre los dos.

Sin nada más, empezó a hablar.

—Estos años han sido un infierno, Erika. Mi mujer desapareció detrás de una pelea que tuvimos y yo ya no he vuelto a saber nada más de ella — empezó—. No sé cómo te enteraste y tampoco tiene importancia, sé que tenía que haber sido yo el que te lo dijera, sobre todo después de lo que ocurre entre nosotros. No ha estado nada bien lo que he hecho, cómo te he tratado esta semana. He sido un auténtico cerdo.

—Entre nosotros no ocurre nada — le dije de mala manera—, solo ha sido un par de polvos, nada más —ni yo me lo creía, pero esperaba que él lo hiciera.

—No digas eso — dijo y apretó la mandíbula —, no tienes ni idea de lo que dices.

—La verdad, Jordi, es que no me interesa ya saber nada. No me lo contaste y ya no me importa. Me has utilizado. Puedes apuntar mi nombre en tu lista de conquistas.

— Yo necesito explicarme. Necesito que me escuches.

—Eso no servirá de nada.



—Peleamos — siguió, ignorándome —, me amenazó con irse y le dije que hiciera lo que le diera la gana. Cuando llegué a casa, ella no estaba. Había dejado todo allí, excepto algunas cosas personales de aseo, su bolso y pasaporte, y un par de mudas de ropa. Lo sé porque lo revisé varias veces.

—¿Tan mal estabais? — la curiosidad ya empezaba a matarme.

—Ella estaba fría, no era la misma de siempre. En los últimos tiempos discutía mucho, pero la verdad no era para marcharse así.

—¿Ni una llamada, nada?

—No, nada. La policía la buscó pero, como era una marcha voluntaria, no podían hacer mucho más. Estuve como loco, viajando y buscándola pero nada... Un día, cuando me resigné a pensar que estaba muerta o... — tragó saliva — empecé a recibir mensajes de texto con frases que ella me solía decir. Me volví loco, tuve que buscar ayuda psicológica porque me veía incapaz de asumir nada más.

—Joder...

—Los mensajes han seguido. Cada vez que recibo uno tengo que llamar a mi abogado para que siga investigando.

—No entiendo cómo no tenéis ni una pista.

—Nada, es como si la tierra se la hubiera tragado — dijo tristemente.

—¿La quieres? — pregunté llorando, me rompía verlo así.

—La quise, sí. Ya no — dijo mirándome a los ojos.

—Entiendo...

—Sigo casado, Erika, mientras ella siga desaparecida, mi situación es la que es.

—Está bien, no me digas más. Ahora entiendo por qué me evitabas tanto.

—Sí, no podía hacer otra cosa, pero...

—¿Sí?

—Soy egoísta, Erika, pero quiero una oportunidad.

—No te entiendo...

—Me he enamorado de ti. Lo digo en serio. Me has devuelto la esperanza. Me has devuelto un presente y un futuro — dijo emocionado.

—No digas eso, después de cómo te has portado conmigo — me levanté, desesperada, pensando que seguiría jugando conmigo—, después de cómo me has tratado...

—Tenía miedo — se puso frente a mí y agarró mi cara entre sus manos —, no sabía cómo contarte todo esto, solo sabía que después de todo este infierno, apareciste y me estaba enamorando a pasos agigantados. ¿Qué querías que hiciera?

—¡Contarme la verdad!

—Solo quería tenerte cerca, con eso te habría perdido. No encontraba el momento. No lo encontraba, maldita sea. Estaba muy feliz contigo. Hemos pasado unos días fantásticos los dos juntos.

—Me perdiste... — lloré.

—No, me niego a eso — negó con la cabeza y me besó —. Te follé en esa cama porque no podía soportarlo más. Lo había intentado evitar para no hacerte sufrir pero no pude. He intentado alejarme toda la semana y no he podido, así que no me digas que te perdí cuando aún ni te tuve.

—Jordi...

—Dame una oportunidad, Erika. Te quiero y te juro que esto va a cambiar, te contaré todo lo que necesites y te prometo que voy a pelear por nosotros. Voy a conseguir el divorcio y vamos a estar juntos, voy a acelerar todo.

—No puedo...

—Por favor, una vez te dije “No me ames”. Hoy te pido que lo hagas. No me dejes, tú no.

Lo miré a los ojos y me sentí morir. La sinceridad estaba en ellos.



Me quedé observándolo y lo besé.  
Estaba deseando hacerlo. Me cogió en  
brazos y caímos al sofá, desesperados.  
Nos desnudamos e hicimos el amor sin  
poder dejar de tocarnos y besarnos, sin  
protección, sin miedos, sin nada que  
guardarnos.

Acabamos agotados, abrazados y no  
dijimos nada.

—Pasa el fin de semana conmigo —  
me pidió un rato después.

—Pero en casa — dije refiriéndome a  
la mía, pero sonaba bien que fuese  
algo de los dos.

—Seguro — me besó y me hizo levantarme para tomar una ducha juntos.

Acabamos haciendo el amor de nuevo. No nos cansábamos de tocarnos. Nuestros cuerpos se deseaban. Nuestras bocas se confundían y jugábamos con nuestras lenguas en su interior. La saliva era una sola. Y luego vinieron los orgasmos. Primero, uno, después, otro. Hasta que caímos rendidos en la cama.

La mañana del sábado la pasamos de relax en casa. Casi ni salimos de la cama. Parecíamos novios recién casados. Por la tarde me invitó al cine y paseamos por el centro comercial mientras me regalaba todo lo que me gustaba. Cenamos fuera y llegamos a casa y volvimos a hacer el amor.

Éramos unos animales infatigables sobre la cama. Era una forma de amar y de besar que yo jamás había conocido.

Estaba de lo más atento y cariñoso conmigo, no me dejaba en ningún momento sola, no me soltaba la mano o la cintura, siempre tocándome. Como tampoco dejamos ninguno de los dos de decir cuánto nos amábamos.

El domingo se pasó rápido y se marchó después de cenar. Tenía que preparar algunas cosas para el día siguiente y no podía quedarse conmigo.

—Te veo mañana — me dijo en la puerta de mi casa después de besarme.

—Claro, jefe — bromeé.

—Espero ser más que eso.

—Mmmm...

—Eso no es una respuesta.

—Eres mucho más y lo sabes.

—Dímelo entonces.

—Te amo.

—Bien — sonrió satisfecho.

—¿Bien? ¿Eso es todo?

—Yo también, Erika, y voy a luchar por nosotros.

Volvió a besarme y se marchó. Corrí al salón y cogí el móvil para contarles todo a mis amigas.

Las dos acabaron felicitándome y diciéndome que confiara en él, que se notaba que me quería. Así que sonriendo me fui a la cama, deseando verlo de nuevo.

# Capítulo 10

El fuerte sol anunciando el verano entró por mi ventana. Aún no había sonado el despertador, pero me fui feliz para la cocina a prepararme un café ya que ese día iría de forma diferente a trabajar y estaba todo arreglado con mi amor.

Cogí mi Fiat 500 y me fui directa hacia la oficina. Ese día tuve suerte y aparqué en la misma puerta. Entré y solo estaba un compañero dentro, minutos después aparecía Jordi con el móvil en la oreja, negando con la cabeza y sin mirar a ninguno de nosotros. Se metió directamente en su despacho y eso hizo que mi corazón se llevase un sobresalto y me preocupase por lo que estaba sucediendo en estos momentos.

A la hora del desayuno me fui al bar de enfrente esperanzada de que el saliera a mí encuentro para desayunar conmigo. Pero no fue así, le mandé un WhatsApp preguntándole si estaba bien y no me respondió, a pesar de que lo había leído.



Volví a la oficina y seguía encerrado en su despacho. Volví a ponerle otro mensaje diciendo que estaba preocupada. Tampoco recibí respuesta alguna. Para más machaque emocional un rato antes de terminar la jornada laboral, Jordi salió de su despacho y dijo en general que hasta mañana, saliendo rápidamente de la sucursal. Volví a sentirme utilizada. ¿Cómo podía ser tan cabrón? El día antes me había estado jurando que me amaba y no dejó de follarme y de comprarme regalos.

No me podía creer lo que estaba sucediendo. Estaba empezando a pensar que tenía una bipolaridad bastante importante. La rabia comenzó a recorrer todo mi cuerpo. Salí de la oficina y me fui directa para mi casa. Tenía ganas de tumbarme en el sofá e intentar dejar la mente en blanco, cosa que iba a ser muy difícil. Lo peor de todo es que no quería pensar en algo que no dejaba de rondarme la cabeza. Me estaba tratando como su puta, como si fuese una puta de lujo. Solamente pensar en esa idea me ponía enferma, pero cualquiera que lo viera desde fuera pensaría lo mismo que yo.

A media tarde decidí hacer una llamada a Jordi, pero pasaban los tonos y él no lo cogía. Un rato después, colgué la llamada sabiendo que él no quería cogerlo. Otra vez volvió a partirme el alma después del fin de semana tan bonito que habíamos pasado y en el que tantas esperanzas había puesto en mi vida. Estaba claro que su bipolaridad era evidente, sino, otra razón no encontraba, después del fin de semana de todo lo que me había prometido...

Estúpida, me dije. No quería caer en ese prejuicio tan extendido que dice que las mujeres a una determinada edad lo tenemos todo perdido, que no existen hombres que puedan satisfacer nuestras necesidades emocionales, que cuando se cumplen los treinta ya no quedan muchachos que piensen en hacer feliz a una mujer, sino que solamente existen hombres tocados del ala, violentos, con adicciones, asqueados de sí mismos. No quería pensar en eso. No quería caer en esa trampa.

Sobre las 8, decidí ir a ver a mis padres y cenar con ellos, aunque no pensaba contarle nada. Necesitaba tenerlos cerca. Era el mejor refugio en el que me podía aferrar en estos momentos. Ellos sabían lo que me había costado independizarme y tener un trabajo fijo y digno. Mis padres no aguantarían que un tipo como Jordi estuviera jugando con mis sentimientos de esa forma tan cruel e inhumana.

Me llevé ropa de recambio, pues sabía que esta noche seguramente me quedaría a dormir con ellos ya que me apetecía hacerlo y no lo hacía desde hacía algún tiempo. Es verdad que necesitaba sentirme de nuevo la hija preferida, una niña pequeña a la que hay que alimentar bien, cuidar y proteger para que crezca con seguridad y autoestima.

Por la mañana ya estaba sonando el despertador y mi padre estaba llamándome desde la cocina como en los viejos tiempos. Me dio los buenos días con un fuerte abrazo y me preparó un buen café de los que tanto me gustaba.

La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana de la cocina y yo entorné los párpados. Estaba callada y solamente hacía pensar en Jordi, en los momentos maravillosos que habíamos vivido. Pero esos pensamientos apenas duraban unos segundos, pues rápidamente venían esos momentos sombríos y decepcionantes donde Jordi, ¿por qué no decirlo?, me había tratado como a una mierda.

Llegué a la oficina y me senté en mi mesa. Jordi entró y saludó en general sin mirarme a la cara. Fue directo hacia su despacho y me entró tanta rabia que fui detrás de él. Cuando abrió, entré seguidamente.

—No tengo tiempo ahora, Erika.

—Yo tampoco, pero lo voy a sacar para decirte que no es justo ni hay derecho a hacer lo que tú has hecho conmigo, pero que sepas que es la última vez que juegas de esta manera. No te lo voy a permitir. Tú te piensas que yo soy una mierda. Tú eres de los tíos que piensan que las tías no tenemos dignidad. Te vas a acordar bien de lo que estás haciendo conmigo. No te voy a permitir esta clase de groserías - dije con voz temblorosa, mientras él me miraba convencido de que estaba haciendo lo correcto.



—No tienes nada que permitirme, ahora por favor... — con su mano señaló la puerta indicándome la salida.

—Estás loco, Jordi, estás loco. No me extraña que tu mujer desapareciera, cabrón, más que cabrón — dije mientras me marchaba.

Me di cuenta de que mi compañero estaba mirando y se había percatado algo de lo que había sucedido entre Jordi y yo en esos momentos. Pero me daba igual. Me fui hacia la mesa y me senté con una rabia que me dieron ganas de levantarme y dejar ese día el trabajo. Me había destrozado el corazón y no iba a permitir que me destrozara también mi situación laboral.

A la hora del desayuno me fui directo para el bar y me senté en la terraza fumando un cigarro a la vez que me tomaba un café. Mis amigas no paraban de hablar por el grupo del WhatsApp, pero yo pasé hasta de leer y contestar. No estaba para nada ni para nadie. Ojalá me hubiese tragado la tierra en aquel momento.

Un rato después vino mi compañero y, como no tenía pelos en la lengua, del tirón me dijo que sabía que había pasado algo entre nosotros. Ni siquiera me lo preguntó. Lo afirmó directamente y yo bajé la mirada y se me saltaron las lágrimas.

—Erika, Jordi te ha dado un palo,  
¿verdad?

Afirmé con la cabeza ya que en esos momentos no podía hablar porque tenía el corazón encogido.

—No sé qué decirte, pero olvídalo, ya te he dicho que no está bien. Debe estar viviendo un tormento con lo que sucedió con su mujer.

—Pero no me hubiera importado intentar ayudarlo psicológicamente. Me he enamorado de él y ahora me veo sola e ignorada por la persona que más amo en estos momentos — dije llorando mientras le abría mi corazón a mi compañero.

—Sé fuerte, Erika. Tú vales mucho y siempre has demostrado ser una gran persona. Olvídalo por mucho que te duela.

Volví a la oficina y me senté en mi mesa a esperar que acabase ese asqueroso día. Jordi apenas salió de su despacho más que para ir una vez al baño. Yo ya había decidido que, a partir de esos momentos, tenía que ser fuerte y afrontar esta situación, es decir, tenía que empezar a olvidarlo me costase lo que me costase.

Antes de que dieran las 2 de la tarde apareció una señora muy elegante y se dirigió a mi mesa.

—Perdona, ¿para entrar al despacho del director, por favor?

—Le aviso, ¿quién le digo que pregunta por él?

—Su mujer, dile que soy su mujer.

En esos momentos por poco me da un chungo. Comenzó a faltarme el aire. No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Ella tuvo que darse cuenta de que estaba poniéndome pálida. Me temblaban las piernas. No sabía si sería capaz de levantarme y dirigirme hasta el despacho. Mi corazón estaba desbocado.

—Perdón, ¿su mujer? - dije tartamudeando.

—Sí, su mujer, ¿hace falta que me identifique? — preguntó bordemente.

En estos momentos, escuché la voz de Jordi acercándose y preguntando qué hacía allí, a la vez que la invitaba a salir para hablar fuera. Estaba muy enfadado. Parecía que ya había tenido noticias de ella anteriormente. En esos momentos, empecé a volverme loca porque no entendía nada de lo que estaba sucediendo.



No volvió a aparecer por la oficina Jordi. Cuando terminé mi jornada laboral me marché para mi casa a asimilar todo lo que me había pasado esa mañana. En ningún momento, Jordi puso cara de asombro al verla. Parecía que ya sabía que iba aparecer.

Claramente, había algo que se me escapaba. Era tan extraño todo que mi mente parecía que iba a explotar de tanto pensar.

Un rato después, recibí un mensaje de Jordi que me cambiaría la vida y me terminaría de destrozar.

***“No vuelvas a buscarme, olvídate de lo que un día pasó entre nosotros, no quiero saber más nada de ti.”***

# *Agradecimientos.*

Queremos hacer en esta ocasión una mención a Patrick Norton, con quienes estamos felices. Es todo un placer y honor escribir con él y queríamos dedicarle esta novela.

Y, como siempre, los tres os dedicamos esto a vosotros, quienes nunca nos abandonáis y nos seguís desde el principio. Tanto familia, como amigos, lectores...

Muchas gracias por todo, sin vosotros

nada sería posible.

**Norah Carter – Monika Hoff –  
Patrick Norton.**